LA HIJA DEL MAR: DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, TRADUCCIÓN...

Àngel Guimerà





LA HIJA DEL MAR



LA HIJA DEL MAR

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL CATALÁN

DE

ANGEL GUIMERÁ

Estrenado en el TEATRO DEL ODEÓN, de Buenos Aires, la noche del 12 de Septiembre de 1899

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1900

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
AGUEDA	SRA.	GUERRERO.
MARIONA		MARTÍNEZ.
CATALINA	SRTA.	CANCIO.
LUISA		COMENDADOR.
FILOMENA		BOFILL.
TOMÁS PEDRO	SR.	DÍAZ DE MENDOZA.
BALTASAR		CIRERA.
CINQUENAS		U QUIJO.
MÓLLERA		MONTENEGRO.
RUFO		TORNER.
GREGORIO		FÚSTER.

Gente del pueblo

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

En el fondo, el mar. A la derecha, en primer término, una casa de pescadores. En segundo término, barcas, y en último término, avanzando en la escena y sobre el mar, rocas practicables. En la parte izquierda de la escena, primer término, una casa grande con escalera exterior de piedra, que llega al primer piso: en segundo término, otras casas y entrada á una calle: en último término rocas y pinos. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

CATALINA, LUISA, FILOMENA, RUFO y MÓLLERA. Frente á la casa de la derecha, Catalina empezará á encender un hornillo de tierra. Luisa y Filomena, frente á la casa de la izquierda, sentadas en el suelo, remiendan una red de pescar. Rufo y Móllera, hacia la derecha y más atrás, construyen una lancha, que está muy atrasada. Al levantarse el telón tarda algún tiempo en empezarse el diálogo

CAT. Filomena.

FIL. ¿Qué?

CAT. ¿A que acierto en qué estás pensando? Piensas en Tomás Pedro.

FIL. ¡Sí! ¡En Tomás Pedro! ¡Pues si no le puedo ver! ¡Es más fastidioso!

LUISA ¡Vaya si es fastidioso! ¡Y con un orgullo!... ¡Como que se figura que todas las muchachas se mueren por él!

CAT. Según eso, no lo querríais.

FIL. Aunque me lo dieran pesado en oro.

LUISA Aunque se me arrodillara delante.

CAT. Dicen que es muy rico: que su tío le ha dado muchos doblones. ¿Los has visto tú? ¿Sabes tú lo que ha hecho su tío? Volverlo á embarcar, porque tan holgazán era en América como aquí.

LUISA (Burlándose.) ¡Tomás Pedro rico! (Levantando la voz.) ¿Oyes tú, Móllera?

MÓLL. (Acercándose.) ¿Ya volveis á hablar de Tomás Pedro?

FIL. Es que Catalina se figura que trajo un fortunón de Montevideo.

RUFO (Acercándose poco á poco.) Como rico, sí que es rico. Y como buen mozo... sí que es buen mozo. Y como rumbo... tiene más rumbo que todos los de la costa; con que lo que he dicho.

CAT. (Burlándose.) Explícate, Rufo, explícate.

MÓLL. Lo que os diga, es que donde yo esté no he de oir que nadie alabe á ese sinvergüenza. (Voviendo al trabajo.)

RUFO ¿Sinvergüenza? Vamos á ver, ¿por qué dices eso?

FIL. Lo dice, porque si. ¿Entiendes tú?

LUISA Porque engaña á las mozas.

MÓLL. (Adelantándose á Rufo.) ¡Ea! Prueba tú todo esto que decías de Tomás Pedro: lo de rico y lo de rumboso... y todo eso Anda, pruébalo.

RUFO Claro que lo probaré. (Las mozas quieren hablar.)

CAT. Dejad que Rufo se explique.

RUFO Digo que es rico, porque no trabaja y porque todos los días estrena corbata nueva: ¿con que á ver? Y digo que es buen mozo y de rumbo... porque lo es, y porque todas las mozas se enamoran de él. ¿Con que si quereis más? Y si engaña á muchas, como esa dice, es porque ellas se dejan engañar.

LUISA ¡Que me venga á mí con zalamerías!

FIL. Eso: que venga á mí, que de la primera guantada...

MÓLL. Bueno. No se hable más de Tomás Pedro. Y tú, Rufo, á la faena. (Yéndose á trabajar en la lancha.)

RUFO Pues que lo diga Catalina, ella que ya está

casado, si no es guapo Tomás Pedro. (Yendo al trabajo.)

CAT. Para ser novia suya, sí que debe ser guapo. Para mí... ¡qué quieres que te diga!... Yo tengo á Gregorio.

LUISA ¿Y cuál es ahora su novia? Porque yo he perdido la cuenta.

MÓLL. (A Luisa.) Si vuelves á hablar de Tomás Pedro te despavilo yo á tí.

LUISA ¿Y por qué te has de meter tú conmigo?

MÓLL. Porque tú no tienes que hablar de nadie más que de mí; todo el día de mí. ¿Estamos? Que ya te dije que éramos novios.

LUISA Y yo te dije que no te quiero, ni te querré nunca. ¡Vaya con el hombre!

MÓLL. Hecho un veneno me pone esta muchacha.

RUFO Míranos á nosotros, á Filomena y á mí, y aprende. Yo á Filomena la quiero tanto como tú puedes querer á Luisa, y no por eso me importa que hable de Tomás Pedro. ¡Claro! ¡Como que sé que no me la ha de quitar!

FIL. ¡Claro!

MÓLL. (Enfadado.) Ni á mí me quitaría á Luisa.

LUISA (También enfadada.) ¿Qué te ha de quitar si yo no soy tuya? Os digo que me desespera este hombre.

FIL. (A Luisa.) No le hagas caso.

RUFO ¿Qué nos importa á nosotros de Tomás Pedro?

MÓLL Importarnos, no nos importa nada: conque, mejor es que nos volvamos al trabajo.

FIL. Ea, que yo debía haber acabado ya este zurcido.

CAT. Yo sí que tengo que hacer... y va á llegar la barca.

FIL. ¿Quién viene en la barca?

CAT. Gregorio, mi suegro y Agueda.

LUISA ¡Parece mentira!... ¡Ese diablo de Agueda se estaría siempre en el agua!

CAT. ¡Claro está!... ¡Cómo que es hija del agua!.. (Acercándose á las muchachas.) Y vosotras, sabeis, cuando se hable de Tomás Pedro, hay que hablar bajito, que aquéllos no lo oigan.

FIL. Es verdad. ¿Qué se nos da á nosotros de ese mala cabeza?

LUISA Claro que no: y ahora... vamos á ver, ¿á quién corteja ahora? ¿A quién? ¿Sabeis vosotras?

FIL. ¿A quién? A Teresa la...

CAT. (Interrumpiéndole.) ¿Qué sabes tú? Teresa se marchó hoy mismo á la ciudad á ponerse á servir. ¡Como que hace días que la plantó!

FIL. ¡El muy sinvergüenza!

CAT. Conque ahora á ver quién se casa con ella.

LUISA Es que Teresa también tiene mala cabeza.

FIL. Antes de conocer á Tomás Pedro no la tenía.

CAT. ¿Y María de Casa Lorenzo, no era una buena muchacha? Pues ya ves tú la paga que le ha dado.

LUISA Es que dicen que María... (Siguen hablando en voz baja.)

MÓLL. (A Rufo.) Para mí que aquéllas vuelven á hablar de Tomás Pedro.

RUFO Déjalas y trabaja.

CAT. (A las otras.) Ha hecho tantas, que si tuviésemos vergüenza, hoy mismo le echábamos del pueblo, después de hartarlo de palos.

LUISA Eso está bien. ¿Pero qué novia tiene ahora?

FIL. Eso es lo que queremos saber, eso.

CAT. Pues yo ya me figuro quién es.

LUISA Pues dilo, ¿quién es?

CAT. (A Luisa.) La de aquí enfrente.

FIL. ¿La Mariona?

LUISA (A Filomena.) Eso querrá decir: la Mariona. Porque la pobre Agueda no será. (Riendo.)

CAT. (Interrumpiendo de nuevo el trabajo y volviéndose á ellas.) Ya veréis: él pasa y vuelve á pasar, y no hay día en que no se meta en la casa con el pretexto de que quiere comprar una barca al tío; al tío de ella, ¿comprendeis?

LUISA Por eso, cuando bajaba Mariona, se ha ido tras ella. Y la habrá alcanzado, ¡claro! (Mirando hacia la izquierda de la escena.)

FIL. No, mujer; no puede ser Mariona, porque yo le oí decir á su tío que si Tomás Pedro festejase á una muchacha en quien él mandase, antes la querría muerta que consen-

tirlo. Y, ¡claro! él hace las veces de padre de la Mariona: ¡como que piensa dejarle todo lo que tiene!

LUISA (Burlándose.) ¡Tendría que ver que fuese Agueda! Agueda es muy loca. (Ríen las dos. Catalina aviva el fuego.)

MÓLL. (Arrojando la herramienta.) Te digo que están hablando de él.

RUFO Pues que hablen.

FIL. (A Móllera que se ha acercado.) ¿Sabéis quién es la novia de?...

LUISA (Haciendo callar á Filomena.) Nada, no decimos nada; ea, dejadnos en paz.

MÓLL. ¿Pues de qué hablábais?

LUISA (Disimulando.) De nada.. decíamos.. que aún no ha nacido el que ha de ser novio de Agueda.

RUFO (A Móllera.) ¿Lo estás viendo?

MÓLL. (A Filomena.) ¿Era de eso de lo que hablábais?

LUISA Pues de eso, hombre. (Sin dejar hablar á Filomena.) Porque Agueda, ni se sabe de dónde ha venido, ni siquiera se sabe si es cristiana. Y ya conoce la pobre que nadie ha de quererla nunca. Mariona ya es otra cosa. ¿Verdad, Catalina? (Con intención. Rufo disputa con Móllera, empeñado en que hablaban de Tomás Pedro.)

CAT. ¡Claro! Mariona... es Mariona.

FIL. Por eso digo que no puede ser Agueda. Pero tampoco puede ser Mariona, porque él...

MÓLL. ¿Quién es él?

LUISA Gregorio, ¿quién había de ser? Decíamos que Gregorio salió con la barca.

MÓLL. No es eso: hablábais de Agueda y de él.

RUFO ¡Qué pesado es este Móllera!

LUISA (Burlándose.) ¿Pues no ha ido Agueda á pescar con Gregorio?

MÓLL. Es que decíais *él*, y hay que saber quién es *él*.

CAT. No seas pelmazo; hablábamos de Tomás Pedro, ¿y qué?

MÓLL. ¡Maldito sea el demonio!

LUISA Este quisiera que nos volviésemos mudas.

MÓLL. (Contra Luisa.) Ya te diré yo. (Se burlan de él. Filomena y Rufo le contienen.)

Cat. Callarse, callarse, que viene Tomás Pedro.

Fil. Y viene con Mariona.

Luisa Cabal: con Mariona, son novios; ¡vaya si son novios! (Entretanto Rufo calma á Móllera.)

Cat. Ahora sabremos si lo son. Cada uno á su sitio y á escuchar cuando pasen.

Luisa Hagamos como que no los vemos. (Las mozas vuelven á su trabajo.)

Cat. (A Rufo y Móllera.) Vosotros á la lancha.

Móll. (A Rufo.) Pues no quiero que le mire Luisa.

Rufo Vamos, vamos, hombre.

Cat. Hagámonos las distraídas. Ahora vienen, ahora.

ESCENA II

CATALINA, LUISA, FILOMENA, RUFO, MÓLLERA, MARIONA y TOMÁS PEDRO. Los dos últimos vienen por el camino de la izquierda. Ella trae un paquete de cirios. Cruzan la escena por entre la lancha y Luisa y Filomena y desaparecen por el primer término de la derecha, pasando por delante de Catalina. Antes de presentarse en escena se habrá oído una risotada de Mariona, y después otra de ella y de Tomás Pedro

Mar. (A Tomás Pedro) Qué bromista eres. (Riendo.)

Tomás (Con cierta guasa y prosopopeya.) Pues verás: dicen que yo soy así. Como á manera de barca, que unas veces va hacia un lado y otras veces va hacia otro; y cuando menos se piensa da la vuelta en redondo. Pero entiéndelo: no es culpa de la barca sino del timonero.

Mar. Ya ves como tú mismo lo dices: que unas veces te vienes hacia aquí y otras te vas hacia allá.

Tomás No es eso, mujer. Ahora la barca está en el puerto, propiamente en el puerto, y el corazón ya no hace de timonero, sino que hace de ancla, Mariona.

Mar. ¡Calla! ¿Nos oyen? (Ya están cerca del bastidor de la derecha y de espaldas á las personas que hay en escena.)

Tomás (A Mariona.) ¿Qué?... (Volviéndose.) Buenos días: á todo el mundo le doy los buenos días. (To-

dos bajan la cabeza rápidamente como si trabajasen distraídos.)

MAR. Déjalos.

TOMÁS Pues, como te iba diciendo: no hay más que eso, lo que te iba diciendo.

MAR. (Desapareciendo con él.) ¿A ver cómo? Repítelo. (Se sigue oyendo la voz de Tomás Pedro y también se oyen las risas de ella al alejarse.)

ESCENA III

CATALINA, LUISA, FILOMENA, RUFO y MÓLLERA

LUISA ¿Habéis oído? Se van enamorando.

FIL. Sí que se enamoran.

CAT. Tan sinvergüenza es él como ella.

RUFO (A Móllera.) ¿Lo estás viendo? Ya ves que no festeja á Luisa, porque ahora tiene á la Mariona.

MÓLL. ¡María Santísima! Ya hizo perder el juicio á la Mariona. (Catalina ríe maliciosamente.)

LUISA (Contrariada.) ¡Claro! El va tras el dinero; y la muy tonta, la muy presumida, tan contenta y riendo. ¡Ah! ¡ah! (Remedándola.)

ESCENA IV

CATALINA, LUISA, FILOMENA, RUFO, MÓLLERA y CINQUENAS

CIN. (Desde la casa de la izquierda.) ¡Eh, muchachas! (No le oyen.) Tú, Catalina... ¿Has visto por casualidad á mi sobrina?

CAT. Ahora mismo la hemos visto. (Cinquenas va bajando la escalera.) Y ¡vaya por Dios! que iba bien acompañada.

LUISA ¡Ya lo creo! ¡Como que iba con Tomás Pedro!

CIN. La mandé á comprar dos cirios. ¡Ya vëis! Hoy se ha de decir la misa d'Agueda... Dejadme sitio. (Sentándose.)

CAT. Pues ha pasado por aquí: digo yo que vendría de la tienda y que iría á la iglesia.

LUISA ¿Y qué misa es esa que dicen de Agueda?

CIN. Una misa que no se dice más que una vez al año; porque tal día como hoy vino Agueda al pueblo. ¡Y de una manera muy rara! Por mí ya se hubiera acabado eso de la misa; porque bastante hago con tener á Agueda en mi casa. Pero Baltasar es tan testarudo...

CAT. El dice que los padres de Mariona prometieron á Dios Nuestro Señor que todos los años harían celebrar esta misa.

CIN. ¡Es verdad! Pero los padres de Mariona ya están muertos.

CAT. ¡Vaya, hombre, que no es tan gran sacrificio! Y si á Mariona la deja usted heredera, bien puede usted hacer eso por la pobre Agueda, que ellos la querían mucho

LUISA ¡Abuelo! ¡Vaya una suerte que tiene Mariona!

CIN. ¡Será rica! Por más que te rías, yo te digo que será rica; más que todos los del pueblo.

LUISA No lo digo por eso (Rie Catalina.) Lo digo por el novio; que no le vendrá mal encontrarse con una novia tan rica.

CIN. ¡Qué novio!.. (Todos ríen.) Mariona no tiene novio, por ahora; y el día que se quiera casar, ya le buscaré yo uno. ¿A qué viene esa risa?

FIL. (Burlándose.) Oye, Rufo, el abuelo no sabe nada.

RUFO ¡Cómo no ha de saberlo!

CIN. Pero, ¿de qué estais hablando?

LUISA Entérese usted, hombre. El mismo, lo oye usted, al pasar por frente á su casa de usted, echó el ancla. (Riendo.)

CIN. ¡El ancla! ¿Qué ancla dices? Oye tú, Catalina, ¿las entiendes tú á éstas?

CAT. Pero, abuelo, ¡si todo el mundo sabe que Mariona y Tomás Pedro tienen amores!

CIN. ¿Que Mariona tiene amores con...? (Todos lo afirman con un movimiento de cabeza) ¡Vaya, vaya! No quiero oir eso; que no me gustan esas bromas.

LUISA Se hace el sordo.

MÓLL. (Acercándose un poco.) Yo los casaría ahora mismo, y con eso todo el mundo viviría en paz en el pueblo.

CAT. (Aparte) (Todo el mundo en paz es mucho decir.)

CIN. ¡Es que no es verdad nada de eso!

RUFO La verdad es que no hemos oído nada.

CIN. ¡Ya me lo figuraba!

CAT. Pues los demás lo hemos oído muy claro. Y usted no tiene vergüenza si consiente.

CIN. ¿Y quién se figura que he de consentirlo? ¡Con él! ¡Con ese pillete de playa! ¡Permita Dios que antes de que tal cosa suceda se vaya con sus padres Mariona al cielo!

CAT. Me parece que llega usted tarde, porque ese pillete no sé cómo se las compone que las enamora de seguida. Y tan pronto como las enamora se cansa de ellas. Y las infelices se quedan infelices para todo lo que les queda de vida. (Volviéndose de espaldas rabiosa y limpiándose una lágrima.)

CIN. Os digo que Mariona no ha de hablar más con él. Y si ella se emperra la echo de casa; y si me apura mucho la deshereedo y hago otro testamento y se lo dejo todo á mi hermano.

LUISA Eso. Y ya verá usted cómo él la planta entonces.

CAT. Sí; charle usté, charle usté; que tan y mientras que se está usté aquí charlando, él, por allá arriba, la estará haciendo perder el juicio.

CIN. Pues yo haré que le vuelva el juicio, que ahora mismo se acabó todo. (Todos lo aprueban.) ¿Dónde está Mariona? ¿Dónde está? Que en cuanto yo la encuentre se acabó todo. (Va á salir por donde se han ido Mariona y Tomás Pedro. Éste se presenta y le detiene.)

ESCENA V

CATALINA, LUISA, FILOMENA, MÓLLERA, RUFO, CINQUENAS y TOMÁS PEDRO

TOMÁS ¡Hola, Cinquenas! ¡Ahora mismo he dejado á Mariona!

CIN. (Insistiendo en salir.) Pues es que yo necesito verla.

TOMÁS No hace falta que vaya usted á buscarla, porque ella va á llegar ahora mismo. ¡Como que me ha dicho que la esperase aquí! (Catalina ríe: todos hablan en voz baja.)

CIN. (Aparte.) (¡Como hay Dios que me va á dar algo!)

TOMÁS La encontré que salía de su casa de usted.

CIN. Y tú entrabas por lo del falucho, ¿no es eso?

TOMÁS ¡Pues eso es! Y si me lo vende usted le cambio el nombre y la condición en un abrir y cerrar de ojos. Haremos un bautizo muy rumboso; que ya tengo pensado el nombre que he de ponerle: *La hermosa Mariona.* ¡Vaya si es bonito! y pintado de rojo: un color muy rojo, pero muy fino. *La hermosa Mariona.* (Como si lo escribiese en el aire. Todos ríen menos Catalina y Cinquenas.)

CAT. (A Cinquenas, en voz baja.) ¿Pero usted por qué se calla?

CIN. (A Catalina, en voz baja.) ¡Ya verás lo que hago yo con esa arrastrada! (Intenta salir.)

TOMÁS (Bromeando.) ¡Alto! ¡Por aquí no se pasa! ¡No ponga usted esa cara tan seria! (Todos ríen de lo apurado que se encuentra Cinquenas.)

CIN. No sé cómo me contengo.

TOMÁS Le digo que no quiero que ponga esa cara de penas. Porque sepa usted que vengo de hacer una buena acción. ¡Vaya!

CIN. ¡Tú hacer buenas acciones!

TOMÁS No digo que haya hecho más que una. ¿No me creeis vosotras? Pues hice una buena acción. No será una cosa muy grande, pero,

en fin, es una buena acción. (Las mozas indican que lo creen. Cinquenas se limpia la frente con el pañuelo. Catalina murmura algo que no se le oye.)

LUISA ¿Pues no lo hemos de creer?

RUFO Ya habrás hecho algo gordo. ¡Digo! ¡La costumbre!

TOMÁS Pues como Mariona iba á comprar dos cirios para no sé qué fiesta de iglesia de la moza que tiene usted en su casa, le he dicho que no pusiera dos cirios en el altar; que eso era una miseria; sino una docena y de los gordos. Y que los pusiera en mi nombre, y por lo que yo me sé.

CIN. ¿Y quién los paga?

TOMAS ¿Quién los ha de pagar? Esta persona. Pero eso no es nada; porque hice más: le dí dinero para que en saliendo de misa lo reparta entre los pobres. Ea, que vacié la bolsa. (Enseñando la bolsa y sacudiéndola.)

RUFO Y para tí, ¿qué es eso? Tú eres rico. (Móllera disputa con Luisa, que siempre le hace desaires.)

TOMÁS Rico, lo era Pero ya no me queda nada. Ni me importa; porque yo sé que la suerte va conmigo. (A Móllera, que se burla.) Te digo que tengo mucha suerte. ¿Cuánto apuestas á que si me meto en una barca y salgo al mar, por mal viento que sople vuelvo con la barca rebosando pescado?

MÓLL Porque tirarás con dinamita.

TOMÁS Con lo que sea. ¿Y qué apuestas á que si echo en una carta una moneda de oro, se me llenan de oro los bolsillos? (A Cinquenas.) Ea, usted que tiene tanto dinero ¿á ver si apuesta?

CIN. ¡Déjame en paz!

TOMAS ¡La suerte!... ¡Decís la suerte! A la suerte la llevo yo á rastras.

RUFO ¡Y dices verdad!

MÓLL. Porque harás trampas.

TOMÁS ¿Trampas yo? Grandísimo bestia, y on he hecho trampas en mi vida Es que la suerte es mía. Y lo que te digo de la barca y de las cartas, te lo digo de las muchachas.

MÓLL. (A Luisa.) Vete de aquí. (Luisa no se va.)

TOMÁS ¡Catalina! (Catalina finge que no le oye.) ¡Catalinilla! ¡Será que á las muchachas las cojo como á los peces con dinamita! (Ella se aparta refunfuñando.)

RUFO ¡Me haces reir!

MÓLL. (A Rufo, en voz baja.) ¡Créeme! Las muchachas no están bien aquí.

CAT. (A Cinquenas, en voz baja.) ¿Por qué no se le cuadra usted?

CIN. (En voz alta.) No me cuadro con él... porque hasta me da vergüenza de hablarle. Y hasta me da vergüenza de oirle.

TOMÁS ¿Que le da a usted vergüenza de oirme?

CIN. ¡Que sí; te digo que sí! Y ahora, has de saber que no quiero que le hables más á mi sobrina. ¿Me comprendes? Y cuando la encuentres no quiero que la detengas. ¿Me vas comprendiendo? Y si os encuentro juntos, voy á hacer una que sea sonada.

TOMÁS ¡Pero abuelo! ¿Por qué se enfada usted ahora? ¿Hice algún daño á su sobrina?

CIN. Has hecho daño á mucha gente; que por tu culpa no se acaban las lágrimas en el pueblo.

TOMÁS ¿Le estais oyendo, muchachas? Decidlo vosotras: ¿os dí alguna pena?

LUISA A mí, no... digo, hasta ahora.

FIL. A mí tampoco.

TOMÁS Es que si os hubiera hecho algún daño, no acababa de arrepentirme en toda la vida. ¡Porque sois más saladas y tenéis más garbo!... (Ellas rien.) ¿Lo ve usted? (Dicen que no.) Pues mientras las mozas me defiendan, que digan todos los demás lo que quieran. (Acercándose á Filomena.)

RUFO (A Tomás Pedro.) Está bien. Pero á Filomena no me la toques. (A Filomena.) Y tú, largo de aquí; y en seguida. (Tomás Pedro se rie alto.)

MÓLL. ¿Y tú, por qué te ríes? (Ellas quieren replicar: Rufo y Móllera se empeñan en echarlas de escena.)

CIN. (A Tomás Pedro.) Conque, ya estás enterado, ¡y que me condenen si no cumplo lo que dije! Has de saber que Mariona no es para tí. Porque antes la echo de casa y hago que te prendan y que te embarquen.

TOMÁS ¡Ea! Abuelo, márchese y expresiones á Mariona.

CIN. Pues aunque no lo creas he de hacer que te embarquen; y á ver si te traga el mar. (Se va por la derecha hablando.)

ESCENA VI

CATALINA y TOMÁS PEDRO

TOMÁS (Riendo.) ¡Qué gracia tiene este pobre hombre! ¡Como si se prendiese á la gente porque á él se le antoja. Como es el ricachón del pueblo se le figura que poniendo en línea sus siete barcas con la gente que las tripula, ya puede declararme la guerra. La guerra... marítima. ¿Le has oído, Catalina?

CAT. A mí no me importan esas cosas vuestras.

TOMÁS Claro está que no: como tú ya estás casada... Y qué tal te va con Gregorio? (Ella no responde: tiene la cabeza baja y está arreglando la comida.) ¡Vamos á ver! Dímelo en confianza. ¿Le quieres mucho? (No responde.) ¡Catalina!

CAT. (Como distraída.) ¡Mucho!

TOMÁS ¿Sí? ¿De veras? ¿Mucho? (Acercándose.) ¿Le quieres más que me quisiste? (Dudando.) ¡Vaya! Que no lo creo.

CAT. (Mirando á todas partes y enfadada.) Es que á tí no te ha querido nunca, y tampoco sé de qué me hablas.

TOMÁS ¡Si nadie nos oye, mujer! Además: ¡lo pasado... ya pasó! y no seré yo quien lo publique.

CAT. ¡Como que yo te desmentiría! Y á más de desmentirte te llenaba la cara de bofetadas.

TOMÁS Y harías muy bien. ¿Ves tú? Estas cosas se acaban como se acabó lo nuestro: cuando uno se cansa... pues se acabó. Y en no sabiendo nadie nada, como si no hubiera pasado nada.

CAT. ¡Bueno! ¡Déjame en paz! (Queriendo decir que se vaya.)

TOMÁS ¡Como te digo! Y tú ya lo sabes: llegó un

día en que empezamos á darnos fastidio; tú á mí y yo á tí. Y listo. Yo eché al mar la llave del huerto de tu casa: á tí te gustó más Gregorio: y listos los dos.

CAT. ¡No sé cómo te atreves á hablar de estas cosas! (Con un movimiento de repugnancia.) ¡Ea! Que no me acuerdo de nada.

TOMÁS Bueno: pero confiesa que cuando nos separamos ya no me querías mucho.

CAT. (Conteniéndose.) Te digo que me dejes.

TOMÁS Pero ya no me querías, ¿verdad?

CAT. No te quería, no Y aquello acabó, y muy bien que hicimos en que acabase, porque, ¡mira! (Costándole trabajo contenerse.) Te digo que tú nunca has tenido cariño, ni ley, ni alma, ni pizca de corazón.

TOMÁS ¡Pues entonces no me decías estas cosas!

CAT. (Rabiosa.) ¿Que no?.. (Fingiendo reir.) Pues era porque no había conocido aún á Gregorio. (Con vehemencia.) A él sí que le quiero; porque el no ha querido nunca á otra mujer más que á mí. (Rabiosa, despreciativa y siempre riendo.)

TOMÁS ¡Así me gusta! Que te dé risa.

CAT. Pero, ¿qué te habías pensado? ¿Que á mí se me importaba algo de tí?

TOMÁS (Mirando hacia la derecha por si viene Mariona.) ¿Qué me había de pensar yo? ¡Pues si estábamos iguales! Al día siguiente ya no me acordaba de tí; que entonces fué cuando me encariñé con la del molino de arriba.

CAT. Ya lo sé; no te molestes en contármelo.

TOMÁS Lo que tú debías de hacer ahora es ayudarme.

CAT. (Conteniendo la indignación.) ¿Que yo te ayude? ¿y te atreves á proponérmelo?

TOMÁS Es que si no creeré que te supo mal el que te dejase. La verdad es que me estás hablando de un modo...

CAT. ¡Pues sí que te ayudaré! Solo porque no te creas que te conservo mala voluntad ó que estoy enfadada. ¿Enfadada contigo, chico? Eres muy vanidoso. ¿Qué te figuras?

TOMÁS ¿Conque, hacemos las paces, verdad?

CAT. ¡Las paces! ¿Para qué? ¿Pues hemos estado

en guerra? Y ahora, lárgate; que veo venir á Gregorio con la barca.

TOMÁS — Adiós, Catalina; y en señal de que somos amigos y de que me ayudarás, choca estos cinco. (Le alarga la mano, ella se limpia la suya con el delantal.)

CAT. — ¿Por qué no? (Al ir á darle la mano la retira.) No, que no, te tiznaría.

TOMAS — ¡Como quieras! (Yendo hacia el foro derecha.)

CAT. — Amigos.. quedamos amigos. Y te ayudaré.

TOMÁS — Está bien: gracias, Catalina.

CAT. — ¡Como hay Dios que le ayudaré; le ayudaré hasta que se pierda! ¡Atreverse á decirme cara á cara lo que me ha dicho! ¡Que se había cansado de mí! ¡Eh! Bien está... Ahora á recibir á Gregorio. El pobre Gregorio si que me quiere. ¡Ah! Ya está aquí la barca.

ESCENA VII

CATALINA, AGUEDA, BALTASAR, GREGORIO y dos MARINEROS. Vienen en la barca por el lado de la izquierda del foro. Cuando se indique salen á escena por diferentes sitios, FILOMENA, LUISA y otras mujeres; RUFO, MÓLLER y otros hombres.

GREG. — (Desde la barca.) ¡Catalina!

CAT. — ¡Gregorio!

GREG. — ¡Mira!... ¡Mira, para tí! (Enseñándole dos pescados.) ¡Como sé que te gustan, los traje para tí! (Salta á tierra.)

CAT. — ¡A verlos! ¡A verlos! ¡Qué grandes! ¡Y cómo saltan y colean! (Agueda ha saltado á tierra y ha ido á sentarse en una de las piedras, que hay en primer término.)

AGUEDA — No sé para qué habíamos de volver á tierra tan pronto. ¡Estábamos tan bien en el mar!

BALT. — ¿Y la misa? ¿No te acuerdas que la misa es por tí?

AGUEDA — ¡Bueno! Pues que digan la misa. Pero la pesca ha ido muy bien.

BALT. — (A los dos marineros.) Coged las canastas y llevadlas al carro. ¡Cuidado, Junco, que dejas caer el pescado!

LUISA (Llega corriendo con otras mujeres.) ¡Toma! ¡Ya han llegado!

FIL. (Llega con otro grupo.) ¡Ya está aquí la barca!

RUFO (Llegando con otra gente.) ¿Qué tal ha ido la pesca?

GREG. Por la hora presente, no puede decirse que ha ido mal.

BALT. (A los dos marineros.) Tú, Junco, diles á los del mercado que antes del mediodía volvemos á salir; que la cosa pinta y que el viento afloja. (Desaparecen por la derecha los dos marineros con las cestas.)

MÓLL. ¡Agueda!

AGUEDA (Está cabizbaja.) ¿Qué hay?

MÓLL. ¿Qué haces ahí tan sola?

AGUEDA Nada... ¿Qué quieres que haga? ¡Añorarme!

LUISA (Riendo.) ¿Que tu te añoras? ¿Y por qué?

AGUEDA No lo sé.

BALT. (Va de un lado para otro arreglando enseres de la barca.) Lo que has de hacer, chiquilla ,es acercarte al fuego para que se te seque la ropa.

AGUEDA (Malhumorada.) Ya se me secará encima del cuerpo. Pero, en fin, allá voy.

GREG. (Desde lejos. Riendo.) ¡Catalina! ¿No sabes lo que nos pasó! Agueda se cayó al agua.

CAT. Pues entra á mudarte. (Agueda dice que no con la cabeza.) Pero, mujer, para ir á misa tienes que mudarte.

AGUEDA (Medio riendo.) Ya estoy bien.

BALT. Atended, muchachos, y que atiendan las mozas. Ahora, cuando toquen, todo el mundo se viene conmigo á la misa de Agueda y después volvemos; y el que quiera, almuerza aquí con nosotros, que yo pago; sino es que no tragais mucho. Después cada uno á su casa; y nosotros al mar otra vez. Tú, Agueda, puedes quedarte en tierra, porque para tí es dia señalado: ¡claro! tal día como hoy te salvamos.

AGUEDA ¿Y qué había de hacer yo en tierra? Por mi gusto siempre me estaría en el mar. (Catalina, Baltasar y Gregorio, siguen llevando y trayendo cosas entre la barca y la casa.)

RUFO (A Agueda.) Tú, como los peces, ¿verdad?

AGUEDA (Riendo.) Eso no puede ser: pero si pudiera ser siempre en el agua.

FIL. Por eso has querido ser pescadora, como esos.

LUISA Por eso te has tirado hoy al mar.

AGUEDA No es que me he tirado al mar. Es que me he caido: ¡y de cabeza! (Rie animándose.)

MÓLL. ¿Y había mucho fondo?

AGUEDA. ¡Ya lo creo! ¡Más de diez brazas! ¡Y qué bien se estaba allá adentro! Se veían las luces de la barca de un verde madre-perla. ¡Qué hermoso! ¡Parecía un sueño! Probad vosotras á zambulliros un día, vereis que gusto da. (Todas dicen que no.)

LUISA ¿Y si nos quedábamos abajo?

AGUEDA (Con entusiasmo.) Para salir no tienes más que dar un porrazo en el fondo, con el pié; abres los brazos ¡y arriba! (Concentrada.) Ahora, para no salir nunca más, juntas los brazos y los aprietas mucho sobre el pecho. ¿Sabes? Como si te hallases sola en el mundo y fueras á despedirte, y no teniendo á nadie á quien abrazar, te abrazases muy fuerte á ti misma. Lo que es de este modo no volvias nunca arriba... nunca más... nunca más... (Se lo va diciendo á unas y á otras, que se van quedando tristes.)

FIL. ¡A veces dices unas cosas!... (Agueda cambia de tono y da una carcajada.)

LUISA ¡Vaya! Que no queremos estar tristes.

RUFO ¿Pero cómo ha sido?

AGUEDA (Va serenándose poco á poco.) Pues, al caer la media noche, Baltasar, que hacía de patrón me agarró por un brazo y me dijo: «Ahora empieza tu gran día; vamos á ver cómo te luces con el harpón.» Porque esta noche hemos pescado con harpón. Y yo le dige: «¿Que cómo me luzco? Ahora lo vereis.» Conque me puse en pie en la proa, me agarré al hierro, me santigüé y miré hacia abajo, hacia el fondo del mar. Todo estaba en calma; ni un soplo de viento; el mar llano, llano, que parecía que se podía andar por encima, pues no pasó ni el tiempo que se necesita para decir un Padrenuestro, cuando veo venir por el haz del agua, coleando como una se-

ñorona y muy contenta, una sorella. Echo el arpón, lo recojo, y la sorella clavada. (Ríe.) Ojo alerta otra vez y á callarse, que ahora viene un retrero más panzudo y presumido que el señor notario. El arpón... ras... enmedio de la espalda... y al canasto. (Exaltándose y muy alegre.) Al cabo de un rato suben arriba dos pececillos muy juguetones y muy alegres, que tan pronto eran de plata como de oro; muy juntitos, tan juntitas las cabezas que no parecía sino que se decían cosas bonitas al oído. ¡Vamos, que se enamoraban! Conque yo, poco á poco, retiré el arpón para que los pobrecillos no se asustasen, y me puse á pensar que el más pequeñito era Agueda, y que el otro... como si dijéramos, el hombre que se reía satisfecho, era... (Riendo.)

FIL. (Riendo.) ¿Quién era el otro?

AGUEDA ¿El otro? El otro era el muchacho que algún día ha de quererme. (¡Pues no!)

LUISA ¿A ti? (Todas ríen.)

AGUEDA A mí, a mí. ¿Qué os figurais, que nunca habrá nadie que me quiera? (Acalorándose.) ¿Qué mal he hecho yo para que todo el mundo me aborrezca? ¿Es porque no he nacido entre vosotras? ¿Porque no sabeis de dónde he venido? Pues habré venido como vosotras, de arriba, digo yo que del cielo.

LUISA Pero nuestros padres no eran herejes. (Huyendo.)

AGUEDA (Corriendo tras ella y agarrándola.) ¡Remaldita! ¿Qué tienes que decir de mis padres, remaldita? ¡A mis padres no tienes que mentarlos nunca más! (Luisa quiere replicar.) ¡Como llegues á mentarlos, te mato, te mato!...

MÓLL. ¿Qué tienes tú que pegar á Luisa, grandísima loca?

AGUEDA ¡A ella y á ti y á todo el mundo! (Arroja el arpón contra Móllera, pero no le toca.)

CAT. (Saliendo de la casa.) Pero, ¿qué vas á hacer, Agueda? (Entre todos la contienen.)

AGUEDA ¿Qué pensais? ¿Que á mí me importa algo la sangre? Yo estoy acostumbrada á ver sangre (Todos procuran calmarla.)

BALT. (Saliendo de la casa.) ¿Qué es esto, buenas piezas? ¿Quisisteis enfadar á Agueda?

CAT. (Calmando á Agueda.) Vaya, se acabó todo.

BALT. (Bromeando.) Ya lo sabes, Agueda: yo soy tu novio y tú eres mi novia, que á mí no se me da nada que hayas venido de Levante ó que hayas venido de Poniente. Y un día lo explicó muy bien el señor párroco, que cuando nacemos todos somos moros. De manera que el día que te quieras casar conmigo, en seguida nos echan las amonestaciones, y todas juntas, para acabar pronto.

AGUEDA Usted sí que me quiere.

BALT. Igual que todos, mujer.

RUFO ¡Claro está!

AGUEDA ¿De veras? (Mirando en torno y tranquilizándose. Baltasar habla con los demás, defendiendo á Agueda.)

CAT. ¡Claro que sí! (Entrando en la casa.)

BALT. (Para alegrar á Agueda.) Yo pienso que aquel pez enamorado era yo.

AGUEDA (Riendo.) No me haga usted reir.

RUFO ¿Y cómo acabó aquello?... ¿Cómo acabaron los dos peces? (Todos insisten para que lo acabe de contar.)

AGUEDA Pues acabó de este modo. Vino á perseguirlos otro pez muy grande, todo él como un erizo, y ya abría la boca para tragarlos, cuando yo levanté el arpón y ¡zas!, se lo tiré, pero con tanto coraje, que tras el arpón me fuí al mar. ¡Maldito sea! (Riendo.) Pues habeis de creerme; tan contenta estaba, que ni me daba cuenta de que el agua me iba tragando, no pensaba sino que el erizo, el ladrón, el asesino, estaba bien muerto. (Con fiereza.) Pero, entretanto, yo empezaba á tragar agua. Conque, ya lo sabeis todo: se salvaron los enamorados; al pez grande se lo comerá algún señorón esta noche; y yo subí arriba, me agarré á un remo que me tendió Baltasar, y aquí me teneis sana y buena, y secándome la ropa.

LUISA ¡Ahí viene Mariona! ¡Y qué cara tan enfadada trae!

CAT. Será que le habrá reñido su tío.

ESCENA VIII

AGUEDA, CATALINA, LUISA, FILOMENA, BALTASAR, GREGORIO, MÓLLERA, RUFO, MOZOS y MOZAS y MARIONA

MAR. ¿Aún estais aquí? ¡Si va á empezar la misa!
AGUEDA Sí, allá vamos, Mariona. Pero, ven acá, que te quiero dar un beso. Y este sí que vale por un millón de besos. A ti sí que te quiero.
MAR. Sí, mujer. Pero vamos á la misa.
CAT. (Saliendo de la casa.) Vamos allá.
MAR. (A Catalina.) Te estoy muy agradecida, mujer; y á estas no se diga. (A Luisa y Filomena.) Buena le habeis puesto entre todas la cabeza al tío.
LUISA (Disimulando.) ¿Nosotras?
CAT. (A Mariona.) Tú se la habrás puesto.
AGUEDA ¿Qué te han hecho esas?
MAR. Pues que se meten en lo que no les importa. (Ellas se hacen las sorprendidas.) Y todo porque el tío quiere hacerme rica, y ellas querrían que fuese tan pobre como ellas.
FIL. Como que te va á desheredar si sigues...
MAR. ¿Qué cs importa á vosotras, bachilleras?
LUISA ¿A nosotras nos llamas bachilleras?
CAT. Dejadla. (A Gregorio.) Vámonos.
AGUEDA No te enfades, Mariona. (Se oye tocar á misa.)
BALT. ¡Que empieza la misa! ¡Agueda, que ya es hora!
CAT. Vamos.
MOLL. Vamos, Luisa.
LUISA (Apartándose.) Contigo no. (Van saliendo.)
AGUEDA Vamos, pobrecita Mariona, vamos.
MAR. Ya os alcanzaré, que antes tengo que subir á casa.
AGUEDA Pues dame otro beso. No tardes.
BALT. Agueda, en marcha. (Ya han salido los demás.)
AGUEDA (Cogiendo por la cintura á Baltasar y saltando.) En marcha, abuelo. ¡Pobrecita Mariona! ¿Verdad?
BALT. Que me vas á tirar, mujer.

AGUEDA Todos contra ella, ¿verdad?

BALT. Sí, sí; pero no saltes. (Riendo.) No saltes... no saltes. (Salen de escena, pero todavía se les oye.)

ESCENA IX

MARIONA, después TOMÁS PEDRO

MAR. (Ha subido media escalera y vuelve á bajar.) ¡Gracias á Dios que se han ido! ¡Qué miedo tenía que se encontrasen con Tomás Pedro! Ahora que venga pronto. Ya está aquí.

TOMÁS (Por el último término de la derecha.) ¡Sí, mucha alegría! Pero, verás, chica: siempre no puedo estar á tu lado, porque no puede ser. (Riendo.)

MAR. Pasan cosas muy malas, Tomás Pedro. Que no sé cómo te lo diga.

TOMÁS Lo más malo que pudiera suceder es que no nos quisiéramos, que en queriéndonos, ¿qué nos puede pasar? Y ya sabes tú si yo te quiero. ¡Vaya si te quiero! ¡Si es una locura, créelo! Y tú te tienes la culpa, porque eres más guapa que una gloria. Y con ese aire y ese garbo, no hay mujer como tú ni en este mundo ni en el otro. Quiero decir, en las Américas.

MAR. ¡Bien haces en decirme esas cosas, que bastante las necesito! Tengo un coraje y una pena, que no sé qué les haría á esos que se meten con nosotros. ¿Qué les importa á ellos que nos queramos? ¿Verdad, Tomás Pedro?

TOMÁS A ellos... nada les importa. Es claro, nada. Pero, vamos á ver, ¿de qué me estás hablando?

MAR. Pues al tío le han ido con el cuento de que nos queremos. Y se ha puesto hecho una furia. Mira, ha dicho que si me vuelve á ver hablando contigo, me deshereda.

TOMÁS ¿Y por eso te apuras? ¡Déjalo! Nosotros seguiremos queriéndonos como si nada sucediese. Yo estoy acostumbrado á esas cosas. ¡Mira tú! ¿Quién gobierna á eso que tene-

mos aquí dentro? (Por el corazón.) ¿A ver el tuyo?

MAR. Es que te digo que quiere desheredarme, y que se lo dejará todo á los demás parientes.

TOMÁS Así me gusta. Ahora sí que vamos bien. Cuanto más me llevan la contraria, más me entusiasmo yo. Mira: una vez... (Riendo.)

MAR. Es que tú no sabes que es muy rico

TOMÁS ¿Y qué hemos de hacer nosotros de su dinero? Lo que ahora debíamos hacer, es escaparnos, Mariona. Si tú quieres en seguida esta hecho. A mí no me asusta eso de robar una chica.

MAR. ¡Ah! Eso no.

TOMÁS ¿Por lo que van á decir en el pueblo? ¿Por el disgusto que le vas á dar al viejo? ¿Es por eso?

MAR. No es por nada de eso: que yo sé que muchas se consumirían de envidia. Tú verás: si en vez de ser mi tío fuese mi padre, ya estábamos escapándonos, pero no siendo más que mi tío... si se muere... ¿cómo quedo yo?... Ya ves tú... nada.

TOMÁS Pues tú tira por donde quieras, que yo no te dejo.

MAR. Eso, claro que no.

TOMÁS Ahora es cuando tengo más empeño en quererte. Hemos de hacer que la gente hable de nosotros: pero mucho. Y por todas partes he de seguirte y en donde te encuentre... contigo.

MAR. ¡Por el amor de Dios, Tomás Pedro! Eso no nos conviene. Al contrario: hay que hacer ver que nunca hemos tenido amores tú y yo. Hay que disimular nuestro cariño, ¿comprendes?

TOMÁS ¿Y cómo hemos de hablarnos? ¿Y dónde hemos de vernos?

MAR. Nos veremos muchas veces; nos veremos siempre. ¿Lo estás oyendo?

TOMÁS ¿Y cómo entro yo en tu casa, si tu tío quiere echarme por las escaleras?

MAR. Cuando se le quite la idea de que tenemos amores, podrás entrar como antes.

TOMÁS ¿Y si les hiciésemos creer una cosa?
MAR. ¿Qué cosa?
TOMAS ¿Y si le hiciésemos creer que enamoraba á otra?
MAR. ¡Pues no dices nada!
TOMAS ¡Pues también van á creer que no enamoro á ninguna sabiendo como soy!
MAR. No me gusta eso. ¡Vaya, que no me gusta! Porque, mira: para que la gente lo creyese, tendrías que bromear con ella... con la que fuese.
TOMÁS ¡Bueno! Bromear; y reir, y pasar por delante de su casa; y decirle cosas... pero no como contigo.
MAR. Anda, anda. De ningún modo, que ella se lo creerá, la muy bestia: y yo me moriría de celos, porque soy muy celosa de tanto como te quiero.
TOMÁS Mucho me quieres y piensas más en el dinero del tío que en mí.
MAR. ¿Y con quién habías de fingir amores? ¿A ver, con quién?
TOMÁS Eso habría que pensarlo.
MAR. Ya sé una... Esa nos conviene: la hija de Antón el sastre.
TOMÁS Pero ¿quién te has figurado que soy yo? ¡La hija de Antón! Pues si mira desparramado y es negrucha y se le ha perdido la cuenta de los años.
MAR. Por tu gusto la cogerías guapa.
TOMÁS ¡Parece mentira que á un hombre como yo le vengas con fantasmones! Mariona, me has ofendido.
MAR. Pues tiene que ser con ella. Con ella, y con ella.
TOMÁS ¿Y qué adelantamos con eso? Sobre que yo no le podría fingir cariño, tampoco podría verte á tí.
MAR. Eso es verdad. ¡Ay qué angustia! Se va á acabar la misa y va á volver el tío.
TOMÁS Si fuese una que viviese cerca de tu casa...
MAR. Ya sé una. No hablemos más.
TOMÁS ¿Quién?
MAR. Ya está resuelto. Una que vive en mi mis-

ma casa: Agueda. Atiende: al tío, tanto se le importa de Agueda como si no se le importase nada; porque los que la recogieron fueron mis padres. Pues se le hace creer al tío que tú has venido á casa por ella; y que si me hablabas era por ella.

TOMÁS ¡Pero, mujer! Si Agueda es de lo más pobretón del pueblo; si le cuelgan los pingajos; si es, como si dejéramos, una criada.

MAR. Pues hijo, no es bizca ni es vieja.

TOMÁS Eso no. Pero, créeme, rebaja mucho el enamorar á esa indigente. Una persona se desacredita, y después...

MAR. Pues me gusta que no la quieras; y para nuestro caso, ni pintada. Y cuando vengas á casa no te echarán por las escaleras, porque yo os protegeré.

TOMÁS ¡Pero si no van á creerlo!

MAR. Haz tú de modo que lo crean.

TOMÁS Es que Agueda, como es tan aborrecida, por eso que dicen que tiene sangre de hereje .. vamos, no sé cómo te lo explique... me da una cosa muy rara cuando tropiezo con ella, ¿estás?

MAR. ¡Pero como todo ha de ser mentira! Como ni la has de enamorar de veras ni te has de casar con ella...

TOMÁS No quiero decir eso: quiero decir que hasta me dará lástima que se lo llegue á creer.

MAR. (Burlándose.) Anda, anda, después de haber engañado á tantas, ahora vas á tener lástima de Agueda.

TOMÁS Yo no engañé á ninguna. Cuando les dije que las quería, las quería.

MAR. Mira, ya vuelven. Quedamos en que vas á festejar á Agueda, ¿verdad?

TOMÁS Haré lo posible, ya que te empeñas.

MAR. Pues anda, empieza, empieza. Yo me voy á casa, para que no me encuentren contigo. ¡Ah! Toma el dinero y se lo das tú mismo á los pobres. (El toma el dinero.)

TOMÁS ¡Te quiero más que á la gloria!

MAR. ¡Ay, lo que me van á decir porque no he ido á misa! ¡Adiós, cariño! (Subiendo la escalera.) (Parece mentira que no atinase con Agueda.)

TOMÁS — Hacerles creer que la quiero, sin quererla, y engañar á esa pobre... Si la quisiese, bueno; pero sin quererla... no es para mi temple...

ESCENA X

TOMÁS PEDRO, AGUEDA, CATALINA, LUISA, FILOMENA, BALTASAR, GREGORIO, RUFO, MÓLLERA y otros hombres y mujeres. Vienen por el primero y segundo término de la derecha

FIL. — No paseis delante vosotros.
LUISA — Es que está aquí Tomás Pedro.
RUFO — No parece si no que nos falta tiempo.
MÓLL. — ¡Ya está aquí ese! (Por Tomás Pedro)
CAT. — No hay que tener prisa, que el almuerzo no se acaba, y para todos habrá. Parece el año del hambre.
GREG. — Vamos á despachar, Catalina. Yo te ayudaré.
CAT. — Sí, hijo, sí; corre (Tomás Pedro en el foro y á la derecha reparte, dinero á los pobres, que están formando grupo, y que se retiran sin avanzar hasta la escena.)
BALT. — (Entrando con otros hombres y mujeres.) ¡Parece mentira que estas arrastradas y estos zánganos dejen sola á Agueda!
CAT. — (Arreglando el almuerzo.) La juventud... ya se sabe...
GREG. — ¿Y Agueda, no es joven? (Agueda entra la última, sola y con la cabeza baja.)
BALT. — ¡Agueda, estoy más contento!... Y por ti estoy contento, por ti. (Queriendo alegrarla.) ¿Qué tienes? ¿Estás triste?
AGUEDA — ¡Yo triste! No, hombre, estoy muy alegre. ¿Pues no ves cómo me río? (Secándose los ojos.) (¡Es que me añoro! ¡Toda yo me añoro!)
TOMÁS — (A los pobres.) ¡Bueno! Ya os podeis ir. Miren todos: vacía. (Enseñando la bolsa á los marineros.)
GREG. — Ya sé lo que has hecho, Tomás Pedro, que me lo ha dicho Catalina. ¡Eso sí que está bien!
TOMÁS — Han venido justos. (Cogiéndole por el cuello en broma.) ¿Pues qué te figurabas tú de mí?

CAT. Gregorio, ¿no me ayudas? Toma, Agueda: el mejor plato para ti, que por ti se hace la fiesta.

AGUEDA No, dáselo á Mariona.

CAT. (Mirando alrededor.) ¿No está aquí Mariona?

AGUEDA No. Y tampoco estuvo en la misa (Tomando el plato Catalina sigue repartiendo platos con el almuerzo ayudada por Gregorio.)

LUISA (A Tomás Pedro.) Oiga usted, señor personaje: ya estará contenta Mariona con tanta limosna como se ha repartido.

TOMÁS Los pobres son los que están contentos.

LUISA Mariona, ella, ella.

MÓLL. (A Luisa.) Anda, tú (Dándole un golpe, para que no hable con Tomás Pedro.) Y más contenta que todas.

TOMÁS (Indiferente.) ¡Ah! Ella sí.

RUFO Agueda, dale las gracias á Tomás Pedro, que les ha dado á los pobres mucha limosna por ti.

AGUEDA ¿Tú has dado por mí limosna á los pobres?

TOMÁS ¿Qué, te pesa?

AGUEDA ¿A mí? No... Miren, ¿por qué me había de pesar?

TOMÁS (Aparte.) (Me parece que esta muchacha es muy bestia y muy zafia.)

CAT. Ten, Agueda, alcánzale tú este plato á Tomás Pedro.

AGUEDA ¿Yo?

CAT. Sí, tú, mujer; á ti te toca. (Casi todos se han sentado ya en diferentes sitios de la escena.)

AGUEDA (De mala gana.) Bueno. (Aparte.) (Ya podía llevárselo ella misma. (A Tomás Pedro.) Toma tu almuerzo.

TOMÁS Yo almorcé ya.

AGUEDA ¡Ah! ¿Almorzaste? ¿Y qué hago yo ahora de este plato? ¿Quién lo quiere? (Todos dicen que ya tienen su almuerzo. Volviéndolo á ofrecer á Tomás Pedro.) ¡Toma!

TOMÁS ¿Pero he de almorzar á la fuerza? (Con cierta sequedad) Quédatelo tú, mujer.

AGUEDA Yo tengo ya el mío. (Volviéndoselo á ofrecer; él no lo acepta.) Si no lo tomas, lo tiro.

CAT. No, tirarlo no. (Todos dicen que no)

TOMÁS Ea, dámelo.

AGUEDA (Riendo con desprecio.) ¡Qué fino eres!

GREG. Pues no te ha dicho nada: que no tienes crianza. (Catalina se ríe)

TOMÁS ¿Es que te dije algo malo? (Va con el plato en la mano hasta donde está Agueda.)

AGUEDA Nada de eso. ¡Pues si me has echado unas cuantas flores!

LUISA (A los otros.) Eso es llamarle grosero.

TOMÁS (A las muchachas.) ¡Eh, vosotras, que yo no le falto nunca á nadie! Eso vosotras, que no habeis salido de estas playas. Yo tengo mundo y me he tratado con personas de posición

CAT. ¡Buenas serán esas personas!

TOMÁS Me he tratado con gente... vamos al decir... como tú...

BALT. ¡Vaya, á comer todo el mundo, y nada más!

TOMÁS (Enfadado.) La culpa la tiene ésta. (Por Agueda.)

AGUEDA Eso es. Yo tendré la culpa de todo, como siempre.

TOMAS Pues tú la tienes, que á ti no te dije yo nada de malo, y tú me saliste al encuentro con la excusa del plato, diciendo si yo era fino ó si no era fino. (Agueda se enfada.)

BALT. Alto, chiquillo, que la moza hizo lo que debía Te estaba agradecida por lo de las limosnas, porque hoy para ella es un día de fiesta, porque en tal día lo perdió todo y lo encontró todo, que hasta se encontró con Dios Nuestro Señor. Vamos, que fué como un milagro. Conque ella, muy agradecida, te llevaba el plato; y ya se ha visto cómo la recibiste.

AGUEDA No. Que no. Que yo hice mal, hice mal en todo, y en acercarme á él; y yo tengo la culpa: por el plato, por llevar el plato Conque toma el plato... toma, ya está. (Tira, llorando, el plato de Tomás Pedro, que estará en una piedra, al lado de éste. Todos gritan.)

LUISA Pues el plato lo paga (Todas ríen.)

BALT. Aquí nadie se ríe. ¡Silencio! ¡Digo que silencio! (Imponiéndose.)

AGUEDA (Llorando enfadada.) Ya no quiero comer más; divertíos vosotros; á mí que me dejen estar.

CAT. (Se dirige hacia Agueda, pero Gregorio la detiene.) ¡Es que esa moza tiene un genio!

BALT. ¿Es que no tiene razón? (Tomás Pedro se ha quedado delante de Agueda, mirándola atentamente, y mueve la cabeza sorprendido y sonriendo.)

TOMÁS (Aparte.) (¡Es mucha moza esta! ¡Parece un cohete! ¡Fú!... ¡Fú!... ¡Fú!... ¡Pum!... ¡Vaya un genio!)

BALT. (Acercándose á Tomás Pedro.) ¡Vamos, hombre, déjala estar! ¿No ves que no tiene á nadie en el mundo? ¡Pobrecilla! ¡Pues buen día escogiste para darle ese enfado! Digo que no tienes entrañas

TOMÁS Más que usted. (Mira de pies á cabeza á Baltasar, que se vuelve para hablar con los otros, y después se dirige á Agueda con cariño.) ¡Agueda!

BALT. Te digo que la dejes.

TOMÁS ¡Agueda! (Ella no contesta.) ¿Me quieres escuchar? (Agueda huye corriendo. El corre tras ella y la alcanza.) No quiero que te escapes.

AGUEDA Déjame estar.

TOMÁS Aguarda un poco.

AGUEDA No, no. (Luchando los dos.)

TOMÁS Quiero que me oigas, mujer. (La gente se ha ido fijando en ellos.)

LUISA Me figuro que se arañan. (Todos ríen.)

MÓLL. Tomás Pedro, que te va á embrujar, que es hereje.

AGUEDA (Apartando rabiosa á Tomás Pedro.) ¿Quién habla de mí? ¿Quién me llama bruja? ¿Quién me llama hereje? Un hombre ha sido. ¿Dónde está? (Baltasar trata de poner orden.)

MÓLL. (Riendo.) Pues yo he sido. ¿Qué tenemos con eso?

TOMÁS (Apartando á Agueda, que queda sujeta por Baltasar.) Tenemos... que ahora tienes que encararte conmigo. Anda, valiente, vuélveselo á decir, si te atreves.

MÓLL. Es que...

TOMÁS (Haciéndole levantar del suelo á la fuerza.) ¡Alza! Levántate, hombre, y á ver como vuelves á decirlo, valiente.

BALT. Vamos, Tomás Pedro, se acabaron las cuestienes. (A Móllera.) Tú á tu sitio, y á sentarse todo el mundo. Y á ésta, se la respeta y se la quiere. Habéis de saberlo; no llega un soplo de viento ni una ola á la playa que no la mande Dios Nuestro Señor. Pues yo digo que cuando él nos mandó á Agueda, él sabrá por qué. Y pudiera ser que nos la mandase para que abriéndole á esta criatura el pecho al cariño, le abriésemos las puertas del cielo, que cerradas las tenía la pobrecilla. Conque yo, en nombre de todo el pueblo y en memoria de aquellos compañeros míos que la recogimos y que ya están casi todos bajo tierra, voy á dar un abrazo á la pobre Agueda, y voy á darle un beso. Sí... sí... ten... ten... todos te queremos; todos, hijita; porque eres nuestra hijita... y mía... (Llora.)

AGUEDA (Abrazándose á él.) ¡Qué bueno es el abuelo, qué bueno!

MÓLL. Nosotros no lo decíamos por nada malo.

FIL. Claro que no.

GREG. Pues acabemos de almorzar, que va siendo tiempo de salir á pesca. (Agueda va recogiendo disimuladamente y dejándolos en el suelo cerca de ella, los pedazos del plato con la comida y el pan.)

AGUEDA (Aparte.) ¡Lástima de almuerzo! Y puede ser que él, por último, se lo hubiese comido. (Mirando disimuladamente á Tomás Pedro.) Pues aun se podría aprovechar.

TOMÁS (Aparte.) Esta moza, lo que ahora tendría que hacer es darme de su almuerzo. (Da un paso para ir á hablarla.) Pero, ¡cá! ¡si tiene un geniazo! ¡si es áspera como el esparto! (En un grupo empieza una disputa.)

FIL. Te digo que parecía muerta.

RUFO Dormida.

LUISA Pues á mí me ha dicho mi padre que la trajo una ola.

FIL. Te digo que no. (Hablan todos á la vez.)

RUFO Baltasar. ¿No es verdad que á Agueda la arrojó á la arena una ola muy grande?

BALT. Yo te diré cómo fué. Fué, que toda la no-

che el viento de mar estuvo rebatiendo contra el pueblo y arrojando por encima de las rocas mucha agua; olas como montañas. Y á la luz de las estrellas, vimos cerca, muy cerca, un barco en peligro, que tan pronto parecía colgado en el aire como hundido en el fondo. De pronto el barco se acercó de prisa, y tanto se acercó, que hasta vimos gente á bordo. Pues cuando estuvo muy cerca, dió de repente una vuelta en redondo: después se torció hasta volverse del todo; le cubrió una ola, y ya no se le vió más. Y figuráos qué angustia y qué pena; porque nosotros no podíamos hacer nada por aquellos infelices.

LUISA ¿Y Agueda estaba en el barco?

RUFO ¿Y cómo fué que se salvó?

FIL. ¿Y tú te acuerdas, Agueda?

AGUEDA ¡Sí! Yo creo que cada día me acuerdo más.

BALT. Pues se salvó porque...

TOMÁS No, usted, no; ella, que lo diga ella. (*Todos le piden lo mismo.*)

BALT. ¡Bueno! Pues cuéntalo tú.

AGUEDA ¿Yo? Es que no me gusta hablar de eso á todo el mundo...

TOMÁS Si tanto te pesa...

AGUEDA ¡No! Eso, no: que te lo voy á contar. Cuando pienso en ello, me encuentro con que un día, era yo muy pequeñita, y que estaba echada en la falda de una mujer: mi madre. (*Con orgullo, mirando á todos.*) Porque yo digo que era mi madre, y me apretaba mucho entre sus brazos, llorando y besándome, y no me mecía: ella no me mecía; pero como si las dos estuviésemos dentro de una cuna muy grande, muy grande, todo se torcía á un lado, y se volvía á levantar con nosotras, y se torcía del otro lado. De pronto, ví salir por detrás de mi madre la cabeza de un hombre, con la cara encendida y los cabellos de punta, y nos abrazó á las dos, fuerte, muy fuerte. En esto, sentí un estrépito muy grande, y gritos, y llantos, y nos cayó encima un gran torrente de agua. Todo

se volvió negro, y el agua nos llevó consigo, unas veces abajo, otras veces arriba, dándonos muchas vueltas. Y me ahogaba, me ahogaba. Pero todavía me acuerdo de algo más: y me acuerdo que me encontré balanceándome sobre el agua, muy tranquila, y sin sentir miedo; y al mirar lo que había encima de mí, en vez de ver los ojos de mi madre, veía ojos y más ojos mirándome con mucho cariño, como si fuesen los ojos de todas las madres del mundo; y después he pensado que debían ser las estrellas. Mas aun: me creí que estaba tendida sobre una falda muy grande, que nunca se acababa, como si todas las madres se hubiesen juntado para hacerme una falda. Por eso, porque yo no tenía ninguna que me recogiera. Y salió el sol, y le tendí los brazos, que entre la niebla le tomé por la cara de mi padre. Todavía me figuro que me dormí diciéndole al sol y diciéndole al agua: ¡Padre! ¡Madre!

BALT. ¡Pobrecilla!

AGUEDA Al despertar, me encontré en esa playa atada á un madero y rodeada de gente.

BALT. Sí. Así fué. Nosotros éramos, y tú estabas atada á un pedazo de barco, que era justamente el del figurón de proa y que tenía la cabeza de un moro: muy bien labrada, que propiamente era un moro.

TOMÁS ¿Y qué pasó después?

BALT. Después se echó á reir, porque era muy chiquita y no entendía nada de aquello. Y después se echó á llorar, porque á la cuenta la dábamos miedo. Y decía unas cosas que no entendíamos en una lengua muy rara.

AGUEDA (Encogiéndose de hombros.) Vaya usted á saber de dónde venía yo y cuál era mi tierra.

BALT. Las ropas que llevaba no eran como las de aquí; y en el trozo de barco había así como unos letreros; pero yo no sé si eran letras. Y por todo eso y por la figura del moro... ¿No te enfadas, verdad? (Ella dice que no con la cabeza.) Pues, por todo eso, pensamos nos-

otros, y se ha sacado en limpio, que esta criatura había nacido entre moros, y que sus padres. . Ya lo he dicho, tenían que ser moros por fuerza.

TOMÁS Bueno. Pues no se hable más de esto.

BALT. No, esto ya hay que decirlo: que la hicimos bautizar en seguida; y que disputamos mucho sobre quién se había de quedar con la niña. Por último, formamos una rueda y pusimos en medio á Agueda, y que ella se fuese con quien quisiera. ¡Ah, buena pieza, que no te viniste con nosotros!

AGUEDA Fué por seguir á Mariona, que andaba por el corro, y que tendría unos cuantos años más que yo.

BALT. Corriente. Ya te lo perdoné, ya. Pero cuando murieron los padres de Mariona, en vez de irte con su tío, pudiste venirte á casa.

AGUEDA Tenía que separarme de Mariona. Y ya sabe usted cuanto la quiero.

GREG. ¿Y si dejáramos esto y nos fuéramos á la barca? ¿Qué te parece, Agueda?

AGUEDA Sí, vamos.

TOMÁS (A Agueda.) ¿Conque quieres mucho á Mariona?

AGUEDA Mucho.

TOMÁS Pues ella...

AGUEDA ¿Qué?

TOMÁS Nada. (Aparte.) Que ella no me parece que quiere mucho á Agueda. (Entre todos van recogiendo los platos y preparando la embarcación.)

AGUEDA Mira, Tomás Pedro: yo no soy nadie, ¿sabes? Pero soy agradecida; y hay dos cosas que las quiero y las querré siempre, porque, vamos, son como mi familia. La una... (Echándose á reir.) ¿Pero á tí, qué te importa de todo esto? No me hagas caso. (Corre á coger el arpón.)

TOMÁS (Andando tras ella.) No: dí lo que ibas á decir.

AGUEDA (Dándole el arpón.) Pues aguanta antes, que tengo que afilar las puntas. Están romas y resbalan sobre los pescados y no se clavan. (Bajándose al suelo para arreglar la rueda de afilar.) ¿Tú no has pescado nunca?

TOMÁS No... sí... no lo sé...

AGUEDA (Levantándose.) Dámelo. (Toma el arpón y acerca las puntas á la rueda, moviéndola al mismo tiempo con el pie.)

TOMÁS Anda: dime lo que ibas á decirme antes.

AGUEDA ¡Ah, sí! Que las dos cosas que más quiero en el mundo, son: en primer lugar, la Mariona: por ella doy la vida, y después, aquella cabeza de madera, la del moro. En mi cuarto la tengo y siempre la miro y cuando tengo pena la pido que me consuele.

TOMÁS ¿La cabeza del moro del mascarón de proa?

AGUEDA La misma. ¡Ya ves tú, no tengo otra cosa! Ella es de otra tierra, de la tierra de donde yo he venido; y hasta rezo delante de ella como si fuese Nuestro Señor; porque si uno ama á Nuestro Señor, uno lo puede representar como quiera. ¡Ea! Que aquella cara la veo yo muy hermosa; y cada año, en un día como éste, le llevo muchas flores; y me abrazo á aquella cabeza y le digo bajito: ¡Padre mío! (Se echa á reir.) Ya puedes reirte; ríete, hombre.

TOMÁS Pues, mira, no me río.

AGUEDA (Parando la rueda para mirarle fijamente.) ¿No te ríes? ¿Ni me llamas loca? ¿Ni todo eso que me dicen por ahí? ¿Qué? ¿No te repugno?

TOMÁS Al revés. De buena fe te lo digo.

AGUEDA Pues mira; no estoy acostumbrada á que me hablen así. ¿Por qué has dicho al *revés?* (Vuelven los dos marineros de la barca con las canastas vacías y pasan por el foro.)

TOMÁS ¿Qué? ¿Yo he dicho eso? ¿Al revés? (Aparte.) Es la primera vez que me pasa: vamos, que no puedo bromear con esa muchacha.

ESCENA XI

AGUEDA, CATALINA, LUISA, FILOMENA, TOMAS PEDRO, BALTASAR, GREGORIO, MÓLLERA, RUFO, hombres y mujeres y MARIONA que baja de la casa.

MÓLL. Ya viene la Mariona.

AGUEDA Ya está aquí. Dame otro abrazo, Mariona.

Hoy es día de mucho contento y no me canso de abrazarte.

GREG. Arriba, muchachos; á la barca.

AGUEDA Voy en seguida.

BALT. Iza la vela.

MAR. Que pena me da, Tomás Pedro, no poderte hablar siempre que quiera.

TOMÁS Sí, mucha pena. Oye, Baltasar, te voy á pedir un favor: que me dejes ir á pescar en la barca.

BALT. Ven, si quieres.

LUISA Nosotras también.

MÓLL. Eso si que no.

AGUEDA Esta barca sí que es para mí, como si fuese mi casa. Hala, amarrar la vela.

CAT. Me parece que Tomás Pedro va por Agueda. (A Gregorio.)

GREG. ¿Y qué nos importa? (Se va á embarcar.)

TOMÁS (A Mariona.) Ya ves, hago lo que quieres.

MAR. Haces demasiado. No vayas.

CAT. (A Mariona.) Me parece que hoy es día de pescar, y por esta mar me parece que ha de haber algún pescado grande.

MAR. Déjame. (Aparte.) Es demasiado lo que hace Tomás Pedro.

AGUEDA Esperarse, esperarse, que falta otro marinero: el nuevo.

TOMÁS Ya estoy aquí, pero no alcanzo. No se cómo subir.

AGUEDA Dame la mano; y ahora salta... arriba. (Tomás Pedro entra en la barca.)

MÓLL. (A los de la barca.) Buena suerte.

TOMÁS ¡Ea! ¡Con Dios todos!

AGUEDA ¡Adiós, Mariona! ¡Adiós, Mariona!

(Al caer el telón, quedan todos en diferentes sitios de la escena, despidiendo á la barca que se aleja. Mariona empieza á subir las escaleras de la casa.)

TELON



ACTO SEGUNDO

Sala de casa de Cinquenas. En el foro, puerta grande á la izquierda y ventana á la derecha. En la parte exterior de la puerta habrá algunos escalones descendiendo: se supone que son de la escalera de la fachada. A la derecha de la escena dos puertas y otras dos á la izquierda. Aparejos de pesca por las paredes. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

RUFO, MÓLLERA. Al levantarse el telón no están en la escena: se presentan después por la puerta grande de la izquierda.

MÓLL. No sé en que consiste; pero siempre me parece que los sábados es más grande el rosario que los demás días.

RUFO Pues yo sé en qué consiste.

MÓLL. Dílo, si sabes.

RUFO Consiste, en que los sábados tenemos prisa por ir á la taberna

MÓLL. A ver, á ver cómo es eso. (Se queda pensativo.)

RUFO Como que el amo, Cinquenas, no nos deja salir las demás noches, porque dice que á la mañana siguiente no hay quien nos saque de la cama; cuando llega el sábado ¿comprendes? estamos deseando largarnos.

MÓLL. Eso debe ser Lo acertaste.

RUFO Pues vamos allá.

MÓLL. Vamos.

ESCENA II

RUFO, MÓLLERA, CATALINA, GREGORIO, vienen por la puerta del foro y se les ve subir los últimos escalones.

CAT. ¿Habeis cenado ya?
RUFO No hace mucho que acabamos.
GREG. ¿Y Cinquenas, no sale?
MÓLL. Le avisaré. (Sale por la pnerta grande de la izquierda.)
CAT. Vamos á ver, Rufo, ¿qué me dices de Agueda?
RUFO Todavía no ha vuelto de la pesca.
CAT. No: si lo que quiero decir es que, qué tal le va con Tomás Pedro.
RUFO Tomás Pedro viene todos los días.
CAT. Pues es raro que Cinquenas le deje entrar en casa.
RUFO Sí que lo es. Pero dice Mariona que Tomás Pedro le hace creer á Cinquenas que le va á comprar un falucho. Y como al viejo no le importa nada de Agueda, con el anzuelo de Agueda, quiere atraer á Tomás Pedro para venderle el falucho lo más caro que pueda. Y Tomás Pedro, con la excusa del falucho, enamora á Agueda. De modo que Agueda y Tomás Pedro, y Cinquenas y el falucho...
CAT. Basta hombre, basta.
GREG. Pues yo no lo he entendido del todo.
MÓLL. (Volviendo.) Dice que tardará en salir, porque está reposando la cena; y que si quereis volver luego, volveis.
GREG. Oye tú, ¿qué hacemos?
CAT. Ya que hemos venido nos esperaremos. ¿No está la Mariona?
MÓLL. Ya se lo he dicho, ya, que erais vosotros; y me respondió que bueno.
CAT. Que ariscota es esa chica.
GREG. ¿Y á mi qué?...
RUFO ¡Ea! Nosotros nos vamos.
CAT. ¡Ah! Esperad un poco; esperad. Según vosotros, ¿hace mucho que empezó el noviazgo?

RUFO ¿El mío con...?
MÓLL. (Al mismo tiempo.) ¿El de yo, con...?
CAT. No. El de Tomás Pedro con Agueda, bobos.
RUFO La gente cuenta que desde el día de la misa.
CAT. (A Gregorio.) ¿Oyes? Hace quince días.
GREG. (Indiferente.) Bueno; pues quince.
CAT. Es que tú decías que el noviazgo era más fresco.
GREG. ¿Yo dije que era más fresco?
RUFO Este y yo pensamos que hace más tiempo que empezó y que á la cuenta se lo callaban.
CAT. ¿Y por qué pensais eso?
RUFO Porque la Mariona lo dice y ella lo sabe de cierto.
MÓLL. Oye tú: Tomás Pedro hace mucho que le rogaba á la Mariona... vamos, que la ayudase, porque, como Agueda es tan huraña en eso de los noviazgos, quería Tomás Pedro que Mariona le ganase la voluntad de Agueda. Y nada. Agueda no quería. Como que llegamos á pensar que los herejes no tenían noviazgos, ¿verdad tú?
RUFO Mira que Tomás Pedro no quiere que mentemos á los herejes.
CAT. (Enfadada.) ¿Y quién es él para prohibirlo.
GREG Es que Agueda ya no es hereje.
CAT. (Enfadada.) Lo tiene en la sangre.
MÓLL. Esa es la fija.
GREG. (A Catalina.) ¿Y á tí que te importa eso?
RUFO (A Móllera.) Sí, sí. Repite la palabra para que te vuelva á zurrar.
GREG. (Riendo.) ¡Qué! ¿Te ha pegado Tomás Pedro?
MÓLL. ¡Pegarme!... Pegarme á mí Tomás Pedro! No lo ha hecho más que una vez.
RUFO ¡Bueno! Con Dios. (Marchándose.)
CAT. ¿Es que os marchais ya?
MÓLL. Es que nos esperan en la taberna. (Marchándose también.)
GREG. (A Catalina que les seguía.) Déjalos en paz, mujer.

ESCENA III

CATALINA y GREGORIO

CAT. Lo hacía por tí, bobo, para que abrieses los ojos.

GREG. ¿Y para qué tengo yo que abrir los ojos?

CAT. Para enterarte de lo que pasa. Que Tomás Pedro va á engañar á esa pobre muchacha, si no es que ya la tiene engañada.

GREG. ¡Vuelta! ¿Y á tí que te importa?

CAT. A mí, nada. Pero es que todo el mundo creía que entraba en la casa por la Mariona. Y por ella ha debido ser: que á mí nadie me lo saca de la cabeza. Sino que la Mariona es muy lista y se supo sacudir el moscón; pero la otra pobre, desamparada, como nadie le había dicho jamás una palabra de cariño, á la primera que oyó se cayó á cuatro patas ¡la muy bestia!

GREG. Lo que yo quisiera es que Cinquenas nos rebajase el precio del arrendamiento. ¡Pagamos mucho por la barcaza!

CAT. Claro que nos lo debe rebajar. Y es muy justo: porque ahora tendrá menos gasto en la casa.

GREG. ¿Que tendrá menos gasto?

CAT. ¡Claro! En marchándose Agueda... ¡pues no ves tú que se va á casar con Tomás Pedro! (Burlándose.)

GREG. (Riéndose con bondad) ¡Cuidado que eres pesada, Catalina! Tedoy un porrazo si no callas.

CAT. (Riéndose,) Sí que da risa, sí. ¿Pero qué quieres que haga? De algo tengo que hablar... y en algo tengo que distraerme... Si tuviéramos hijos... (Como si se enjugase una lágrima.)

GREG. ¡Claro! Ya podíamos tener alguno: y de ese modo no serías tan chismosa. (Riendo y con pena al mismo tiempo.)

CAT. (Zalamera.) No me vuelvas á llamar chismosa, que me da enfado.

GREG. ¡Qué contenta te pondrías si supieses una cosa!

CAT. ¿Y qué cosa es?

GREG. ¡Una cosa! Hace días que pensaba si te la decía ó no te la decía. Y ahora, con lo que me has dicho si tenemos ó no tenemos hijos, me has entristecido... Conque anda, adivínalo.

CAT. Dímelo, hermoso.

GREG. Una cosa de esta casa.

CAT. ¿De Agueda?

GREG. Sí.

CAT. Pues acaba, que me consumo.

GREG. Es que quiero estar bien seguro. Espera. (Corre hacia la ventana y mira hacia abajo.)

CAT. ¿Qué haces? ¿Qué estás mirando?

GREG. No cuesta nada. Es seguro; seguro; lo juraría.

CAT. ¿Qué es lo que jurarías? (Con mucho interés.)

GREG. Pero también es locura; porque si lo sorprenden... Escucha. (Va á contárselo á Catalina.)

ESCENA IV

CATALINA, GREGORIO, LUISA, FILOMENA y otras Mujeres

LUISA Buenas noches nos dé Dios.

CAT. (A Gregorio.) Cuenta, cuenta. (Llevándole á un lado.)

FIL. Buenas noches. (Las Mujeres se van agrupando.)

GREG. (A Catalina.) Cuando se vayan esas. (Se ríe de la impaciencia de Catalina.)

CAT. (Enfadada.) ¡No me hagas rabiar!

GREG. (Riendo con bondad.) Es que me gusta que te enrabies; para que no seas chismosa.

CAT. (Resuelta.) Pues ya lo sé. Que de noche Tomás Pedro entra por la ventana.

GREG. ¿Y cómo lo sabes?

CAT. Porque él es así. Y Agueda es como todas. (Queda sentada y muy nerviosa.)

LUISA (A Gregorio.) ¿Pero es que hoy no nos pagan la semana?

GREG. Dice Cinquenas, que está muy ocupado. (Las Mujeres rodean á Gregorio.)

FIL. Cuando nos retrasamos en venir á coser las velas y á componer las redes, bien se enfada el abuelo. Pues ahora que tiene que pagarnos no se da él mucha prisa.

GREG. (A Filomena.) Bueno, mujer, ya vendrá.

CAT. Gregorio. (Éste no la ha oído. Ella va á buscarle y se lo lleva á un lado.) ¿Y á tí quién te lo ha dicho?

GREG. ¿El qué?

CAT. Eso de que entra por la ventana.

GREG. ¿Pero cuándo se te va á acabar la manía? Ahora verás. Una noche en que saltó de pronto un viento muy fuerte de mar, me levanté para asegurar la barca. Y no sé cómo se me ocurrió mirar á esta casa. Y en aquel momento ví que se metía por esa ventana un hombre.

CAT. ¿Ves cómo ese hombre es un tunante?

GREG. ¡Eso ya lo sabe todo el mundo!

CAT. ¡Y ella es una mala mujer! Hay que escarmentar á esas malas personas.

GREG. Justo. Se lo diremos á Cinquenas.

CAT. No nos creería. Hay que hacer otra cosa que ya la tengo pensada.

LUISA (Acercándose con Filomena á Catalina.) ¿Y si llamásemos al abuelo?

CAT. (Apartándose contrariada.) Ya podéis hacer lo que os dé la gana.

FIL. ¡Oye, Gregorio! ¿Qué tiene Catalina?

GREG. Ella lo sabrá.

CAT. (Riendo.) ¿Qué queréis que tenga? Que me ha dado por la pesca: y me parece que la noche es buena para pescar con las teas.

GREG. (Mirando por la ventana.) Pues ahora sube padre. Se conoce que hoy no hay trabojo.

CAT. ¡Si Tomás Pedro viniese esta noche!... Peor para ella. Ahora es preciso que me ayude Gregorio. (Dice todo esto aparte y riendo nerviosa.)

ESCENA V

CATALINA, LUISA, FILOMENA, GREGORIO, BALTASAR y otros Hombres y Mujeres

BALT. Santas noches nos dé Dios y San Miguel glorioso nos libre de las tentaciones del demonio.

CAT. ¿Nada más que del demonio ha de librarnos, señor suegro?

BALT. Es que verás, querida nuera; diciendo del demonio, allá va todo: el saco y las peras que van dentro. ¿Me entiendes? Mentar á los demonios es mentar á las mujeres. (Las Mujeres se alborotan.) Donde salta el demonio, salta la mujer, y donde salta la mujer, salta el demonio.

GREG. ¿Cómo es eso, padre? ¿No ha salido hoy la barca?

BALT. El tiempo no está bueno; no está seguro. Ya se lo dije á Agueda; sino que ella por su gusto siempre estaría en el mar.

LUISA Ahora más le gusta estar en tierra.

BALT. La yerras, muchacha. ¿Ves tú, cómo la yerras? Se emperró en izar la vela, y mar adentro se fué con Pablo y el Junco. ¡Buena noche pasarán!

CAT. No la pasarán muy maia. Ya verás cómo Agueda vuelve á tierra. ¿Verdad, Gregorio?

GREG. Puede ser. Pero tú te callas.

FIL. ¿No habeis reparado que Agueda, desde que la festeja Tomás Pedro, presume mucho? Yo creo que hasta se lava la cara y hasta se peina, por lo menos una vez al día, y está muy contenta, y siempre está cantando, y se pone flores en la cabeza.

LUISA Eso de enramarse la cabeza, dicen que es cosa de su tierra.

CAT. Lo tendrá en la sangre.

BALT. No se hable más de esas cosas. Ya os he dicho que la pobrecilla es como... como cualquiera .. Como tú... (A Catalina.)

GREG. No diga usted eso; como Catalina no lo es.

BALT. ¿Y por qué no, vamos á ver, por qué no? ¡Ya estoy harto de murmuraciones! Es una buena muchacha.

ESCENA VI

CATALINA, LUISA, FILOMENA, GREGORIO, BALTASAR, la demás gente y MARIONA, que viene por la puerta grande de la izquierda

MAR. Dice mi tío que no griteis tanto, que no le dejais reposar la cena.

LUISA Era Baltasar, que nos reñía.

BALT. Sois vosotras, que siempre vais á lo mismo. Cuando os creiais que Tomás Pedro festejaba á Mariona, no dejabais en paz á ésta. (Por Mariona.) Y ahora la habeis tomado con Agueda.

MAR. Eso quiere decir que á todas les gustaría que Tomás Pedro las festejase.

BALT. ¡Justo! ¡Envidia!

LUISA Ni que me lo pesasen en oro.

FIL. Antes me quedaría para vestir imágenes.

MAR. No os apureis, que no piensa en vosotras.

LUISA Ni en ti tampoco

MAR. Ni piensa en mí, claro. (Riendo disimuladamente.) Di, tú, Baltasar, ¿dónde está Agueda?

BALT. En la pesquera.

CAT. Ya vendrá en seguida, no te apures.

LUISA ¡Y quién sabe! Puede que esté con ella Tomás Pedro, como aquel dia.

CAT. No ha ido. Porque ya veis, la gente tiene malos pensamientos y hay malas lenguas. (Todos lo aprueban.)

BALT. ¡Eso sois vosotras, unas malas lenguas! Y Catalina la primera.

CAT. ¿Yo?

BALT. Sí, tú y todas. ¿Qué tiene de particular que un mozo festeje á una moza? (Todas se burlan)

CAT. (Enfadada.) Pues muchas cosas y muy feas..

BALT. ¿Lo estás viendo? Por decir las cosas á medias se pierde una pobre chica. (Rien las demás, y él se enfada.) Pues eso es pecado mortal.

MAR. (A Gregorio, que se ríe con la Catalina.) ¿Qué intención lleva la Catalina?

CAT. (A Mariona.) Cuando llegue la hora de saberse, todo se sabrá.

MAR. (Celosa.) Habla ahora, mujer.

BALT. (Enfadado.) Sí, ahora. ¡Mal rayo nos parta! Si no hablas, voy á hacer un disparate.

GREG. No, padre. Ella tiene razón en lo que dice, vaya.

MAR. Pues ahora me meto yo, y soy la que te digo que eres una embustera.

CAT. ¿Me llamas embustera? (Gregorio trata de contener á Catalina.)

MAR. Digo que eres una embustera, porque Tomás Pedro la quiere no más que por broma.

CAT. ¡No está mala broma! Ahora lo digo todo. Tomás Pedro...

GREG. ¡Cállate, Catalina!

CAT. (Apartándole.) Digo que Tomás Pedro...

ESCENA VII

AGUEDA, MARIONA, CATALINA, LUISA, FILOMENA, BALTASAR, GREGORIO y otros hombres y mujeres. A Agueda se la oye cantar desde lejos

AGUEDA «A la vera de la mar...»

BALT. Es Agueda (Haciendo callar á Catalina.)

MAR. (Impaciente. A Catalina.) ¡Anda, di, acaba!

FIL. ¡Agueda viene!

GREG. ¡Ya está aquí!

CAT. ¿No lo dije que volvería?

BALT. Ea, se acabó.

LUISA ¡Ahora que lo íbamos á saber todo!

FIL. Ya canta, ya. Debe venir muy contenta. (El canto de Agueda dura hasta que se presente en escena.)

MAR. (Aparte.) Canta, canta hasta que no puedas más... ¿Pues no se ha llegado á creer la muy bestia que Tomás Pedro es suyo?

BALT. Conque ahora todo el mundo á ponerle buena cara. ¿Lo oís? Buena cara, porque si no... (Calla, porque se presenta Agueda con una cesta de pescado y muchas flores en la cabeza y en el pecho. Va mejor vestida.)

AGUEDA (Cantando.)
«A la vera de la mar,
una doncella...»
¡Buenas noches! (Parándose en la puerta, sorprendida de ver tanta gente. Después atraviesa la escena, volviendo á cantar, hasta que desaparece por la puerta grande de la izquierda.)
«... un pañuelo está bordando
para la reina.»

BALT. Sí, mucha alegria trae, mucha, ¿verdad?

CAT. Eso bien claro se ve. (Con intención. Las muchachas ríen.)

BALT. Con sólo mirarla á la cara, me parece que me quitan veinte años.

AGUEDA (Volviendo.) He ido á dejar la cesta. ¿Qué haceis aquí? (Sigue cantando entre dientes.)

LUISA Venimos á cobrar. (Agueda sigue cantando y no lo oye.)

BALT. ¿Sabes, Agueda, que te encuentro muy cambiada hace algunos días?

AGUEDA ¿En bien ó en mal? (Medio bailando de alegre.)

BALT. En bien, mujer; y por bien sea.

AGUEDA ¡Ah, sí! Desde el día en que quise á Tomás Pedro. ¿Habeis oído esto que cantaba? Pues de Tomás Pedro lo aprendí. Dice que esa canción no la había cantado hacía mucho tiempo. Desde que era chiquitito y tenía madre. Y dice que yo le hacía pensar en su madre. (Riendo.) Escucha la canción, Mariona, verás qué bonita.

MAR. Quita de ahí, que no me gustan canciones tan viejas.

AGUEDA ¿Y tú, quieres oirla, Catalina?

CAT. Hace mucho tiempo que la conozco.

BALT. ¡Cántamela á mí!

AGUEDA ¿No es verdad, Baltasar, que no está celoso de Tomás Pedro?

BALT. ¿Celoso yo?

AGUEDA (Riendo.) Como nos íbamos á casar usted y yo... (Baltasar ríe.)

CAT. (Riendo también.) Ya le llegará el turno, señor suegro, cuando Tomás Pedro la deje. (Todos ríen.)

AGUEDA ¿Cuando me deje á mí Tomás Pedro?

MAR. Sí, hija, sí. Y más vale que te vayas acostumbrando, para que no te coja de susto cuando llegue ese día.

AGUEDA Es que á mí no me dejará nunca Tomás Pedro. (Risas.) ¡Nunca! (Enfadándose porque vuelven á reir.) ¡Nunca!

MAR. (Sin poder contenerse.) ¿Y por qué no te dejará nunca? ¿A ver por qué?

AGUEDA ¡Vaya una pregunta! ¡Porque me quiere de todas veras! Y porque yo le quiero, ¡que no sé hasta dónde le quiero! ¡Y porque si me dejara, Dios Nuestro Señor le mataría! Porque le mataría yo, y matándole yo... (Cantando entre dientes.)

«A la vera de la mar...»

GREG. (Le ha estado incitando Catalina para que le pregunte lo que sigue.) Y vamos á ver, ¿cuándo os casais?

AGUEDA De eso no hablamos nunca.

LUISA ¡Casarse, casarse!... Los pájaros vuelan muy alto.

GREG. Pues os tendréis que casar por fuerza.

BALT ¿Ves tú, Agueda? En eso tiene razón Gregorio. Yo creo que os tenéis que casar. ¿No os quereis mucho? Pues listos.

AGUEDA Es decir que usted cree que tenemos que casarnos en seguida.

BALT Ya lo creo.

AGUEDA (Con naturalidad.) Bueno: pues nos casaremos en seguida. (Todos se echan á reir. Ella tambien.) ¡Ea! En seguida.

MAR. Simplona, ¿no ves que se burlan de tí?

AGUEDA (Dejando de reir de repente.) ¡Que se burlan de mi!

LUISA Pues hija, que sea enhorabuena.

AGUEDA Déjenme en paz. Tan contenta como venía, y ya me han puesto de mal humor. Nada, que lloraría de buena gana. (Rabiosa.)

CAT. (Disputando con Baltasar.) ¿No ve usted que esta muchacha es una boba?

BALT. ¡Agueda! Tienes que contármelo todo. Vamos á ver: ¿cómo empezaron tus amores con Tomás Pedro?

AGUEDA ¡Cómo empezaron! ¿Y quién sabe eso? Mire

usted, Baltasar, cuando estamos en la barca y es noche cerrada, ¿puede usted decir en qué instante empieza á ser de día? Ni usted ni nadie puede coger el momento en que de la sombra se pasa á la luz. Pues así empezamos á querernos. Y cuando caímos en la cuenta, ya era el día claro y el sol estaba muy alto. (A las mozas.) ¿Qué? ¿No os ha pasado eso á vosotras? Yo lo que sé es que cuando está cerca de mí Tomás Pedro, no es mi Tomás Pedro el que vosotras conocíais. Como que vosotras conocíais nada más que el rosal y yo conozco las rosas. Como que él nunca ha querido á nadie más que á mí. Como que yo soy la primera. (Las mozas se burlan.) Ya podeis burlaros, que él no me engaña. Tomás Pedro no me dice á á mí mentiras. (Rabiosa.) Con que os digo que no me haceis llorar, que estoy muy contenta. Y rabiar vosotras, que toda la alegría de este mundo es para mí. «A la vera de la mar. .» (Sale por la primera puerta de la derecha cantando alegremente, mientras las demás disputan muy enfadadas.)

GREG. Yo no sé como se compone este hombre para volverlas locas.

CAT. Y que cuando las deja no escarmientan.

BALT. A esto hay que poner remedio, porque esa criatura no está en sí. ¿Y tú qué dices, Mariona?

MAR. Que esto se ha de acabar, porque ya es demasiado.

ESCENA VIII

CATALINA, MARIONA, LUISA, FILOMENA, BALTASAR, GREGORIO, y la demás gente. CINQUENAS viene por la puerta grande de la izquierda

CIN. De aquí en adelante, cobrais el domingo por la mañana, porque despues de cenar no quiero tomarme disgustos.

LUISA ¡Vaya con el hombre!

FIL. (A Luisa.) Calla, muchacha.

CIN. Trae la caja del dinero, Mariona. (Sale Mariona por la puerta grande de la izquierda.)

GREG. Es que esta y yo, y mi padre, no veníamos á cobrar: veníamos á pagar el arrendamiento de la barca.

CIN. Eso está bien: para cobrar todas las horas son buenas.

BALT. Es que queríamos que nos lo rebajases.

CIN. Pagais lo mismo que le pagábais á mi padre: y si yo os rebajase el arrendamiento, mi padre quedaría en mal lugar.

GREG. Es que...

CIN. Ea, déjate de esas cosas. (Baltasar y Gregorio forman grupo con Cinquenas, ajustando las cuentas y dándole dinero.)

CAT. (En otro grupo.) Esta noche nos vengamos todas de Tomás Pedro; ya veréis, ya veréis.

LUISA ¿Sí? Me alegro

CAT. En saliendo de aquí, les decís á vuestros hermanos que se acerquen á esta casa con todos sus amigos, pero con mucho sigilo.

FIL. ¿Y qué van á hacer? (Vuelve Mariona con la caja.)

CAT. Ya os lo diré cuando estemos fuera.

CIN. ¿Quién quiere cobrar su semana? (Haciendo saltar el dinero en la caja.)

LUISA Nosotras, nosotras. (Otras dicen lo mismo que Luisa, y al mismo tiempo Baltasar, que se ha quedado solo, vuelve á meter en la bolsa el dinero que le ha sobrado. Gregorio se va á hablar con Catalina.)

CIN. (A Mariona.) Dale á cada una tres pesetas y media.

FIL. Nos debía usted subir un real.

CIN. Tu madre no ganaba más que tres pesetas, y tenía más años que tú y era tu madre. (Mariona va pagando y Cinquenas vigila el pago.)

GREG. (A Catalina.) Ya lo has oido: el arriendo igual.

CAT. Tú verás cómo rabia esta noche Cinquenas.

GREG. ¿Y por qué ha de rabiar?

CAT. Por lo que has de hacer tú con los demás muchachos del pueb'o.

GREG. ¡Ya! ¿Lo dices por eso de Tomás Pedro?

CAT. Sí.

GREG. No, mujer; yo no hago eso.

CAT. ¿Conque no? Pues has de saber que Tomás Pedro hasta conmigo se atrevió la otra tarde. ¡Me dijo unas cosas!

GREG. ¿Conque sí? ¡Ah! ¡Pues ya verá él lo que hago yo esta noche!

ESCENA IX

MARIONA, CATALINA, LUISA, FILOMENA, BALTASAR, CINQUENAS, GREGORIO, la demás gente y TOMÁS PEDRO

CAT. (A Gregorio.) Ya está ahí.

TOMÁS ¡Alto á la justicia! Yo copo la banca.

CIN. (Esconde la caja tras de sí.) Hombre, no digas esas cosas que me has asustado.

GREG. (A Catalina.) Pues vámonos, porque si no...

CAT. (Se lo lleva conteniéndole.) Ea, buenas noches. (Va á salir Gregorio llevado de la mano por Catalina.)

TOMAS ¿A dónde vas tan enfadado?

GREG. Voy al demonio.

TOMAS Ya se te conoce. (Sale también Baltasar.)

MAR. (A Tomás Pedro.) Hemos de hablar esta noche.

TOMAS Hablaremos mañana, mujer.

MAR. Es que Agueda se lo va creyendo y no quiero seguir de este modo.

CIN. (A Mariona.) ¡Mariona! ¡Escucha!... (Sigue hablando con ella.)

TOMAS (Aparte.) Ni yo tampoco quiero seguir así. Esto se ha de acabar.

LUISA. Oye, Tomás Pedro, ¿no me dices nada?

TOMAS ¡Ah! Sí. ¡Hola! (Muy serio y preocupado.)

MAR. Ya os podeis ir.

FIL. (Por Mariona.) Muy enfada está Mariona.

MAR. ¿No habéis cobrado? Pues á la calle. (Van saliendo y murmurando.)

CIN.. Pero ven, Mariona. (Está sentado en el foro con la caja sobre la mesa.)

MAR. ¡Tomás Pedro! Tú no me quieres como antes. (El mira hacia el cuarto de Agueda.) Responde.

TOMAS (Con aburrimiento.) ¿Como antes...? Pues sí.

MAR. Pues te digo que este enredo se ha de acabar.

ESCENA X

MARIONA, TOMÁS PEDRO, CINQUENAS, ÁGUEDA. Agueda desde la puerta de su cuarto tose para llamar la atención de Tomás Pedro

TOMAS ¿Ah, eres tú? (Corriendo hacia Águeda.)

MAR. Tomás Pedro. (Tratando de detenerle.)

AGUEDA (Yendo hacia Tomás Pedro.) ¿Qué le decías á la Mariona? ¿Le hablabas de mí, verdad?

TOMÁS De tí hablábamos. (Procurando fingir indiferencia por Agueda.)

AGUEDA ¡Qué guapa es Mariona!

MAR. (Enfadada.) Sí, muy guapa. ¡Déjame!

CIN. ¡Mariona! (Llamándola enfadado.)

MAR (Yendo á Cinquenas. Aparte.) Si no la deja, me vuelvo loca.

AGUEDA (A Tomás Pedro.) ¿Sabes tú? Ya me aprendí toda la canción.

TOMAS ¿Y te gusta? Dime que te gusta (Mariona procura apartarse de Cinquenas que la obliga á sentarse.)

AGUEDA ¿Pues no ha de gustarme? ¡Como que me has dicho que tu madre te la cantaba para hacerte dormir!

CIN. (A Mariona.) Apunta lo que hemos pagado y haz las cuentas como voy á decirte. (Mariona vuelve la cara mirando á los otros.) Pero escribe, mujer.

MAR. Bueno, ya escribo. (Enfadada. Cinquenas irá dictando á Mariona. Águeda va cantando en voz baja y Tomás Pedro la va siguiendo también en voz baja.)

AGUEDA (Interrumpiéndose de pronto y con tristeza.) ¡A cuántas muchachas les habrás enseñado esta canción, Tomás Pedro!

TOMAS A nadie. Te lo juro. ¡Maldito sea yo si miento! Y eso que siempre la he sabido, y muchas veces cuando estaba solo, y estaba triste, me la he cantado yo mismo muy bajito, pero sin decir las palabras ¿sabes? Y me consolaba.

AGUEDA (De pronto.) Pues mira: ahora mismo quisiera yo tener una criaturita en brazos, para

hacerla dormir cantándole tu canción. (Va de una parte á otra moviendo los brazos, cantando entre dientes como si hiciese dormir á una criatura.)

TOMAS (Aparte.) Lo tengo resuelto. Esta es la última noche en que veo á la Mariona. Y me caso con Agueda y basta de locuras.

AGUEDA Tú estás tristón y yo no quiero que lo estés.

TOMAS (Llevándola lejos de Mariona y Cinquenas.) Sí que lo estoy. Y es porque te quiero tanto, te quiero tanto, Agueda, que me sabe bien que nadie lo sepa. (Mirando de reojo á Mariona.)

AGUEDA ¿Y eso te pone triste? Pues á mí me da una alegría muy grande. ¿Ni qué me importa que lo sepan todos? Porque, ¿quién me había de decir á mí que había de encariñarme con la vida y que me había de gustar vivir en este mundo? Y eso qué, mira tú, para mí el mundo es más pequeño ahora que antes. Mira, está entre tú y yo, y va del uno al otro; y basta, y se acabó el mundo.

TOMAS Dices bien, Agueda. Y cuando tú te vas acercando á mí y nos miramos muy de cerca, el mundo es cada vez más pequeño. (El se va acercando á ella.) Y dí tú, el mundo y el cielo, y todo en nosotros está. (El se ha acercado tanto que va á besarla en la boca.)

AGUEDA No, eso no. Y no te acerques tanto. (Le pega en la boca con una flor que tiene en la mano, pero riendo.)

MAR. (Que los habrá estado observando con disimulo.) ¡Ya no escribo ni cuento más!

CIN. ¡Pero mujer! (Mariona vuelve á sentarse al ver que los otros se han separado.)

TOMAS (Volviendo á Agueda.) Perdóname, Agueda; que bien sé yo que no eres como las otras, ni quiero ser como he sido. ¡Vaya que es cosa rara! ¿Quién me lo había de decir Agueda, que yo tomase en serio esto de querer á una mujer? Antes no sentía en mis amoríos más que vanidad y por eso me gustaba que todo el mundo lo supiese. Y cuando oía decir que había otro modo de quererse no lo creía.

AGUEDA Anda, vé diciendo, que me gusta oirte.

TOMAS ¿Qué sé yo lo que digo? Si me he vuelto del

revés. De viejo que era me he vuelto niño; pero niño pequeño, muy pequeño. Y tan cambiado estoy que desde ahora quiero cambiarlo todo.

AGUEDA ¿Qué es lo que quieres cambiar?

TOMAS Quiero ser otro hombre. Quiero quererte á tí sola. ¡Agueda! para ser mi mujer ¿estás dispuesta á todo?

AGUEDA (Con extrañeza.) ¿A todo dices? No te comprendo.

TOMAS Entre toda la gente del pueblo, ¿en quién tienes más confianza? Quiero decir, ¿quién crées tú que es mejor para ampararte y defenderte?

AGUEDA En quien tengo yo más confianza es en la Mariona.

TOMAS No: esa no. No ha de ser ninguna mujer.

AGUEDA Entonces en Baltasar.

TOMAS Justamente, en Baltasar. Y ahora á separarnos. (Al ver que Mariona se levanta se separa de Agueda.) (Aparte.) Mañana me voy del pueblo y ella viene tras de mí con Baltasar y nos casamos.

AGUEDA (Acercándose á él sin comprender lo que piensa.) Pero ¿por qué me preguntas esas cosas y para qué es todo eso?

TOMAS Es que mañana... (Mirando hacia Mariona y conteniéndose.) No: ahora no. Ya lo sabrás mañana mismo.

AGUEDA ¿Te has enfadado conmigo por... por lo de antes... por lo del beso?

TOMAS No, Agueda, no.

AGUEDA Es que si te has enfadado, dámelo.

TOMAS Te digo que no es por eso. ¡Si te quiero más todavía!

AGUEDA Es que si tú no me lo das, te lo doy yo á tí. ¡Qué tontería! Ven acá. (Echándole el brazo al cuello y riendo.)

MAR. ¡Agueda! ¡Agueda! (Corriendo furiosa á ellos.) (Hacía un rato que quería separarse de Cinquenas.)

TOMAS (A Mariona con cólera.) ¿Qué quieres tú? ¿A qué vienes? Déjanos á nosotros.

AGUEDA Pero ¿qué tienes, Mariona?

MAR. (Rabiosa.) Tío, eche usted de casa á Tomás

Pedro. Esto no se puede aguantar, delante de nosotros.

CIN. ¿Que hay, qué pasa?

MAR. Que esto es un escándalo. Y si se empeñan en que hable, hablaré, y lo diré todo.

TOMÁS ¡Mariona! ¡Mariona! (Queriendo imponerse.)

AGUEDA (A Mariona.) ¡Pero no te comprendo!

CIN. (A Mariona.) ¡Mariona! ¡Si tú has sido la primera que has querido que estos se festejasen! ¡Si tú te empeñaste en que viniese á casa por Agueda!

AGUEDA ¡Pues bien: le quiero: sí! ¡Y él me quiere á mí!

TOMÁS Calla, Agueda.

MAR. (A Agueda.) Pues ahora digo que no os habeis de querer más; y no os querreís más; no, y no.

AGUEDA (A Tomás Pedro.) ¿Pero, qué está diciendo?

CIN. (A Mariona.) ¿Por qué no, si él se quiere casar con ella?

MAR. Es que no ha de casarse con ella. Es que todo el mundo habla de estos amoríos. Es que se está burlando de usted y de mí y de ella, como se ha burlado de tantas otras. ¡Yo lo hago por la pobre Agueda!

AGUEDA ¡Tomás Pedro!...

CIN. Esto sí que no lo sufro.

TOMÁS (Por Mariona. Dirigiéndose á Cinquenas.) ¡Déjela usted que hable.

CIN. De todas maneras, hemos de hablar muy en serio estas cosas tú y yo.

TOMÁS Hablaremos cuando usted quiera.

CIN. Ahora mismo.

TOMÁS Ahora.

CIN. Idos vosotras

AGUEDA (A Cinquenas.) Pues sépalo usted, le quiero con toda mi alma, y antes de que nos hicieran ustedes reñir á los dos, me iría con él.

CIN. (Llevándola hacia su cuarto.) Si también yo lo quiero que os caseis. ¿Porqué no? (Siguen hablando un momento en la puerta. El se lleva la caja del dinero y sale por la puerta grande de la izquierda.)

TOMÁS (A Mariona.) ¿Te has vuelto loca?

MAR. ¿Qué vas á decirle al tío?

TOMÁS (Con ironía.) Lo que tú dispongas. ¿Te parece que le diga que nos queremos tú y yo?

MAR. Eso no. Que lo perderíamos todo.

TOMÁS Todo, y además el dinero, ¿verdad?

MAR. También.

TOMÁS (Con ironía.) Anda, anda.

MAR. ¿Pero vendrás?

TOMAS Vendré. (Aparte.) Así me condene vendré por última vez. (Vuelve Cinquenas y sale Mariona por la puerta pequeña de la izquierda.)

ESCENA XI

TOMAS PEDRO y CINQUENAS

CIN. Conque, ahora, hablemos nosotros.

TOMAS Eso es lo que quiero; y es lástima que no pueda decir todo lo que pasa y todo lo que tengo dentro.

CIN. Mira: yo no tengo que preguntarte más que una cosa y me basta. ¿Cuándo te piensas casar con Agueda?

TOMÁS ¿Pregunta usted que cuándo?

CIN. Sí: que cuándo te casas.

TOMÁS Mañana si puedo; y si pudiera ahora mismo.

CIN. Sí puedes, sí puedes... ¿Por qué no has de poder? ¿Porque ella es pobre? Bien lo sabías al entrar en esta casa ¿O es que tiene razón Mariona y que te has querido burlar de nosotros?

TOMÁS (Riendo por lo que ha dicho de Mariona.) ¿Quiere usted que se lo diga todo? A tantas como he festejado, otras tantas han sido mías; muy mías; menos una: Agueda, y ahí tiene usted, me casaré con ella; por la memoria de mi madre que me caso con Agueda. La verdad: yo no sé si no ha sido mía porque no ha querido serlo ó no sé por qué; que tratándose de Agueda me molesta pensar en estas cosas. Solo sé que nos queremos como dos chiquillos: igual hoy que el primer día.

CIN. Mira: cuando se dijo en el pueblo que festejabas á Mariona, me puse de modo que ce-

gué de rabia; porque mi dinero ¿sabes tú? no está para irse á un perdido como Tomás Pedro, pongo por caso. En cuanto á Agueda ya es distinto: yo no tengo nada que ver con ella y bastante hago con tenerla á mi lado. Y ahí tienes, porque te he dejado entrar en mi casa y por qué he dejado que os trataseis. Ahora, lo mismo digo una cosa que otra; y te lo diré con franqueza. Si te casas con Agueda, yo no le doy un cuarto; le daré alguna ropa que fué de mi mujer y unas cuantas sábanas.

TOMÁS (Con ironía.) Hace usted bien; no es cosa de arruinarse.

CIN. Y agrego que si no os casais de seguida, aquí no vuelves á entrar.

TOMÁS ¿De modo que le hago á usted un favor llevándome á Agueda?

CIN. Con franqueza te digo que sí; porque si me la dejas, con la fama que tienes y con lo que murmuran que la chica tiene sangre de hereje, ya tenía que cargar con ella para toda la vida.

TOMÁS No se alborote, que mañana quedará listo el asunto; y quedará á gusto de usted y muy á mi gusto. Conque ya puede usted empezar á darme las gracias, y si usted lo supiese todo, aun me las daría más cabales.

CIN. ¿Qué quieres decir con eso?

TOMÁS Nada: yo me entiendo. No le pido á usted más que una cosa: que de lo que hemos hablado no le diga usted una palabra á Agueda, ni á Mariona, ni á nadie, hasta que... hasta que todo esté rematado. Tengo un asunto que arreglar y si se supiese que pienso casarme antes de tener arreglado ese asunto, se armaría tal enredo... que... vamos... hasta me temo que dejara de quererme la pobre Agueda pensando que había servido... Conque lo dicho y basta.

CIN. ¡Bueno eres tú! ¿Tienes que romper con alguna otra, verdad?

TOMÁS Lo acertó usted. He de acabar con otra. Pero yo le prometo que acabamos esta misma no-

che; bien á bien ó de cualquier modo que sea.

CIN. Corriente: y hasta mañana. Ya sabes que le daré alguna ropa; no mucha...

TOMÁS Gracias. Guárdela usted para Mariona.

ESCENA XII

AGUEDA, MARIONA, TOMAS PEDRO, CINQUENAS.

AGUEDA (A Cinquenas.) ¿Qué ha dicho Tomás Pedró?

CIN. (A Agueda.) Que sí te quiere.

MAR. (A Tomás Pedro. En la puerta.) ¡Por Dios! No tardes.

TOMÁS No tardaré. (Aparte.) Si tu supieras la repugnancia que me das. (Vase.)

CIN. (A Agueda que se vuelve á preguntar.) Por hoy no puedo decirte mas.

MAR. (A Cinquenas.) ¿Qué le ha dicho á usted ese?

CIN. Que todo va bien. Buenas noches.

MAR. (Deteniéndole.) ¿Para quién?

CIN. Para Agueda. (Sale por la puerta grande de la izquierda.)

ESCENA XIII

AGUEDA y MARIONA

AGUEDA (Con alegría.) Claro está; para mí.

MAR. (Con violencia.) Pues te equivocas. Ya verás cómo te equivocas.

AGUEDA ¿Y por qué he de equivocarme?

MAR. Déjame en paz.

AGUEDA ¿Es que te da enfado que yo quiera tanto á Tomás Pedro y que él me quiera á mí tanto como me quiere?

MAR. ¿Y cómo sabes tú que él te quiere? A ver, ¿cómo lo sabes?

AGUEDA ¡Toma! Porque me lo ha dicho; porque me lo repite cien veces al día.

MAR. (Dice nerviosamente.) ¡Simplona!

AGUEDA Mira tú, tardó muchos días en decírmelo. Y al principio parecía que le pesaba que yo le quisiera tanto. Y, vamos, como si le molestase que la gente lo notara. Hasta cuando venías tú se apartaba de mí, por más que yo le decía que tú no lo tomabas á mal.

MAR. Pues yo te digo que ya no has de querer más á ese hombre.

AGUEDA ¿Por qué?

MAR. Porque lo tengo resuelto que no le quieras. Porque él tiene amores con otra y á ti te está engañando, y está jugando contigo como con una chiquilla. (Muy rabiosa.)

AGUEDA (Indignada.) El me dice que me quiere á mí, solamente á mí, y que dentro de sí no tiene á nadie más que á Agueda, á mí.

MAR. ¡Mentira, mentira! Pero oye, tú, bobalicona, si á la otra la conozco yo como te conozco á ti misma, más que á ti misma.

AGUEDA Pues dile á esa otra que Tomás Pedro es mío, y como va á ser mi marido, claro es que va á ser mío por toda la vida.

MAR. (Cogiéndola por un brazo.) ¿Que va á ser tu marido? Repítemelo cara á cara.

AGUEDA ¡Mariona!

MAR. Primero lo publico todo.

AGUEDA (Con sorpresa y espanto.) ¿Es que tú le quieres? (Con rabia.) ¡Mariona!

MAR. (Soltándola de pronto.) ¿Yo á Tomás Pedro? (Riendo.) ¿Yo? ¿Por quién me has tomado á mí? He querido avisarte por tu bien. Como mis padres te criaron como si fueses su hija... por eso.

AGUEDA Yo te lo agradezco, mujer, como se lo agradecería á una hermana mayor. (Mariona hace un movimiento de desprecio.) A ellos les debo la vida, y como ellos se han muerto, claro está que es como si te la debiera á ti. De modo que yo te lo sacrificaría todo. (Mariona va á hablar satisfecha.) Todo menos Tomás Pedro, que no podría.

MAR. (Rabiosa, disimulando.) Pues no hablemos más de estas cosas. Quise aconsejarte; lo has tomado mal; pues listos.

AGUEDA. Pero no estás enfadada conmigo, ¿verdad que no?

MAR. ¡Qué tontería!

AGUEDA. Pues deja que te abrace como te abrazaba cuando éramos pequeñitas (*Le pasa un brazo por el cuello. Mariona no se mueve.*) Buenas noches y hasta mañana. Toma. (*Besándola.*) Y ahora dame tú un beso, pero de corazón.

MAR. ¿Y por qué no? (*Va á besarla, pero retrocede rabiosa.*) No, no te lo doy.

AGUEDA. Mariona, ¿qué te pasa?

MAR. Nada, no me pasa nada. (*Entra en su cuarto, el de la puerta pequeña de la izquierda.*)

AGUEDA. ¡Mariona! (*Corre tras ella; pero Mariona ha cerrado la puerta.*)

ESCENA XIV

AGUEDA, después RUFO, MÓLLERA y CINQUENAS

AGUEDA. Dios mío, ¿qué es esto? ¿Será que le quiere? Esta rabia que me tiene sin haberle hecho yo nada... (*Pausa.*) Pero no puede ser. Si ella fué la primera que me habló de Tomás Pedro, y al principio, cuando él venía, ella misma me llamaba. Al principio, sí; pero después... no. Y á veces hablaban los dos en voz baja y se callaban en cuanto me veían. ¡Dios mío, qué angustia! Ea, no quiero tener estos pensamientos; pero quiero saber la verdad, porque si no no podría dormir. (*Va hacia el cuarto de Mariona; pero vuelve atrás, porque entran Rufo y Mollera.*)

RUFO. No tenías que haber jugado tan fuerte.

MÓLL. Es que estaba escuchando á Gregorio. Total, he perdido tres pesetas.

CIN. (*Entrando.*) ¿Todavía estais aquí? A acostarse todo el mundo, que se gasta mucho aceite. (*Ha ido á cerrar la ventana y la puerta, llevándose la llave de ésta.*)

RUFO. Es que éste ha perdido tres pesetas.

CIN. Bueno, bueno, que las busque.. No eran mías... (*Vase.*)

RUFO (A Agueda.) ¿Sabes? El Móllera ha perdido tres pesetas.

MÓLL. Si no te escucha.

RUFO (A media voz.) Puede ser que sepa algo de eso que preparan

MÓLL. (Idem.) ¿Y quién se lo ha de haber dicho? Si ella lo supiese, no habría caso. Y por eso Gregorio se guardó de nosotros, por temor de que lo charlásemos.

RUFO Es que á mí me da pena por ésta. Yo creo que haríamos bien en desbaratarlo todo.

MÓLL. Sí, sí, charla, y ya verás cómo riñes con Filomena. Yo le he prometido á Luisa no contar nada.

RUFO ¿Y por quién lo saben ellas?

MÓLL. Por sus hermanos, que toman parte en la broma. Conque, créeme, vámonos á la cama.

RUFO Mejor será.

MÓLL. (Yendo hacia la puerta grande.) Pues mira tú, parece mentira: de esta no lo hubiera creído.

RUFO (Siempre á media voz.) Espera, que te voy á decir una cosa. A mí una vez me querían echar de esta casa, y Agueda se empeñó por mí y no me echaron; y aquí me tienes.

MÓLL. ¿Y qué quieres decir con eso?

RUFO Que yo no me aguanto más. (Llamándola.) ¡Agueda! (Ella no le oye.) ¡Agueda! (Cogiéndola por un brazo.)

AGUEDA ¿Qué hay?

RUFO (Con pena.) Pues hay que... verás claro: que no tienes que dejarle entrar más de noche á Tomás Pedro.

AGUEDA ¿A Tomás Pedro? ¿De noche? No te entiendo.

MÓLL. (Burlándose, á Rufo.) Vamos á la cama, hombre. ¡Pts! Vámonos.

RUFO Que se ha sabido todo por el pueblo; que le vieron la otra noche entrar por la ventana.

AGUEDA ¿Entraba por la ventana? ¿Quién?

RUFO Vaya, mujer; tu novio.

MÓLL. (Al mismo tiempo.) Tomás Pedro.

AGUEDA Mentira. Eso es que la gente del pueblo me quiere mal; pero es mentira.

RUFO (A Móllera.) ¿Ves cómo nos han engañado aquellos?

AGUEDA Pero, ¿quién cuenta esas cosas?

MÓLL. Te diré. Lo cuentan Catalina y Gregorio. Porque Gregorio le vió una noche subir á Tomás Pedro por esa ventana. ¿Lo comprendes? Y esta noche tienen preparado un alboroto para perderos á los dos.

AGUEDA ¿Para perdernos?

RUFO ¡Te digo que sí! Pero, mujer, parece que tienes empeño en no entendernos.

AGUEDA ¡Lo que á mí me parece es que estoy soñando! ¡Bah, bah! Es que vosotros habéis bebido demasiado en la taberna.

RUFO ¡Ahora nos llama borrachos!

MÓLL. Nosotros seremos borrachos; pero tú...

RUFO Cállate, hombre.

AGUEDA (Aparte, mientras ellos disputan.) ¡Ay, pobrecita de mí! Que si es verdad lo que estos cuentan yo quisiera morirme.

MÓLL. (A Agueda.) ¿Pero no te digo que le han visto?

RUFO Le ha visto el mismo Gregorio.

ESCENA XV

AGUEDA, RUFO, MÓLLERA y MARIONA, á la puerta de su cuarto

MAR. ¿Qué? ¿Aún no os vais á la cama?

AGUEDA (Entrando rabiosa en su cuarto.) ¡La Mariona! ¡No la quiero ver; no la quiero ver!

RUFO (A Móllera.) Se va llorando y tú tienes la culpa.

MÓLL. Pues tú empezaste. (Coge la única luz que hay en la escena encendida y sigue disputando.)

MAR. (Adelantándose hacia la escena.) ¡Ea! idos á la cama.

RUFO Embustero.

MÓLL. Ya estoy harto de oirme llamar embustero. ¡Grandísimo bobo!

RUFO Pues yo también estoy harto de oirme llamar bobo, y si es que tienes rabia porque has perdido tres pesetas...

MÓLL. ¿Y á tí que te importa?

RUFO Ni á tí te importa tampoco. (Salen por la puerta grande de la izquierda disputando.)

MAR. ¡Gracias á Dios! Todos fuera. La ventana entornada. Ya está. Y ahora, que venga. (Se va á su cuarto y deja entornada la puerta.)

ESCENA XVI

AGUEDA; después TOMAS PEDRO. La escena á obscuras

AGUEDA (Adelanta por la escena sin decir palabra, mirando á veces hacia la ventana.) ¡No lo creo! Y aunque no lo creo, no puedo menos de venir á esta sala. (Pausa.) En la casa todos duermen menos yo; que no sé qué me pasa; que estoy temblando, y me parece que me voy á volver loca. Bah; le veré mañana y le contaré estas angustias que tengo. (Va hacia su cuarto, pero de pronto se vuelve y mira fijamente hacia la ventana.) ¡Nada! ¡Que no puedo apartar los ojos de esa ventana maldita! (Va hacia ella.) ¡Ah! ¿Cómo es esto? No está cerrada. (La abre y saca la cabeza, pero retrocede en seguida.) Abajo hay un hombre. ¡Qué susto! (Vuelve á la ventana.) Hay que cerrarla; sí, cerrada. (La cierra en efecto; pero mira por una rendija y escucha.) Suben... sí... suben... (Pausa.—Rabiosa.) Pues que suba; que entre. (Abriendo de par en par la ventana.) Ya está abierta. (Retrocede temblando, apoyándose en la mesa.) ¡Dios mío, Dios mío! (Va entrando Tomás Pedro.) ¡Era verdad! (Agueda hace ruido al apoyarse en la mesa.)

TOMAS (Acercándose por el ruido.) ¡Ya estarás contenta: aquí me tienes, Mariona!

AGUEDA (Con un grito ahogado.) ¡Ah! ¡Mariona!

TOMAS ¿Quién eres tú?

AGUEDA ¡Has venido por la Mariona! ¡Y me has engañado á mí!

TOMAS ¿Por qué estás aquí tú, Agueda?

AGUEDA ¿Y por qué estás tú? Dímelo. Que me parece que ni tú eres tú, ni yo soy yo misma.

TOMAS ¡Calla! ¡Que no te oigan!

AGUEDA Si yo quiero que me oiga todo el mundo, y que te vean para que te conozcan.

TOMAS ¡Calla, que te pierdes!

AGUEDA ¡Si no me importa perderme! ¡Si ya lo tengo perdido todo ahora mismo! (Gritando.) ¡Mariona!

ESCENA XVII

AGUEDA, MARIONA y TOMAS PEDRO

MAR. ¡Tomás Pedro! (Avanzando hacia el centro.)

AGUEDA Ya la tienes aquí á tu Mariona. (Corriendo á ella y empujándola hacia Tomás Pedro.) ¡Buena pareja, como hay Dios! ¡La loba que rastrea al lobo de noche. ¡Buena pareja!

MAR. ¡Desvergonzada! ¡Maldita!

AGUEDA ¡Eso! ¡Yo la desvergonzada; y me lo dices tú, la perdida; la mala hembra!

MAR. Oyelo: delante de tí me alabo: de que es mío, no más que mío.

AGUEDA ¡Luz! ¡Que traigan luz! Que le quiero ver la cara á este maldito! (Gritando.)

TOMAS ¡Por Dios, Agueda!

AGUEDA ¡Ahora tiene miedo el valiente! ¡Luz, luz! ¡Pronto aquí luz!

TOMAS Mal rayo nos parta. (Tomás Pedro abre la ventana, saliendo por ella. En el exterior se ve el resplandor de teas encendidas y se oyen gritos y ruido de instrumentos desacordados.)

ESCENA XVIII

AGUEDA, MARIONA, CINQUENAS, RUFO y MÓLLERA, con una luz

CIN. ¡Tomás Pedro! (Viéndolo aún en la ventana.)

MAR. ¡Venía por la Agueda!

AGUEDA ¡Infame! ¡Perdida! ¡Ladrona! ¡Dejadme que la mate; que la haga pedazos! ¡Dejadme, dejadme! (Precipitándose encima de Mariona.)

TELÓN



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es noche cerrada

ESCENA PRIMERA

TOMÁS PEDRO, GREGORIO, Marineros y Pescadores. Después BALTASAR y CATALINA. Al levantarse el telón, Tomás Pedro va descendiendo de la ventana por la pared. Todos mueven gran alboroto burlándose de Tomás Pedro. Algunos tocan instrumentos desacordados. Otros iluminan la escena con teas encendidas. La puerta y la ventana de casa de Cinquenas están cerradas

GREG. ¡Música, música al sinvergüenza!

TOMAS (Llegando al suelo.) A ver: ¿quién es el que me llama sinvergüenza? ¿Por qué os metéis conmigo vosotros? ¡Mal rayo os parta á todos! ¿Por qué os metéis conmigo?

BALT. (Saliendo de su casa.) ¿Qué gritos sonestos? (Poniéndose en medio.) ¿Pero qué pasa aquí?

GREG. Es que Tomás Pedro viene de festejar á Agueda.

TOMAS Eso es mentira.

GREG. Si le hemos visto salir por la ventana

TOMAS Os digo que es mentira.

CAT. (Saliendo de la casa.) ¿Qué es lo que dices que es mentira?

TOMÁS (Desentendiéndose de Catalina.) Agueda es tan honrada como vuestras hermanas. (Todos protestan.) Y como vuestras madres. (Idem.)

BALT. ¡Basta, Tomás Pedro! Y vosotros, fuera de aquí. Fuera, que estais escandalizando al pueblo. (Murmuran, no queriendo irse.) Cada uno á su casa, que ya va á amanecer. (Van desapareciendo entre gritos y broma. Baltasar los ha ido empujando hacia el foro para obligarlos á que se marchen.)

ESCENA II

CATALINA, TOMAS PEDRO, BALTASAR y GREGORIO. Gregorio escucha á Catalina que está rabiosa

TOMAS (Aparte.) ¡De mejor gana que lo digo me pegaba un tiro! Y lo que más me apura es que ahora Agueda no me querrá creer una sola palabra. Tan desesperada estará la pobre como yo.

CAT. (Fingiendo.) ¡Tomás Pedro! Yo te juro que nosotros no tenemos culpa ninguna de lo que pasa. Díselo tú, Gregorio.

TOMAS (Andando por la escena.) ¿Y á mí qué me importa de vosotros?

CAT. (A Baltasar.) A Gregorio le han traído los otros.

BALT. Eso: los otros. (A Gregorio.) Pero no se hace lo que has hecho. ¿Oyes? No se hace.

GREG. ¿Ves, mujer? Si yo te lo decía.

BALT. (A Tomás Pedro.) Contigo ya sé yo lo que había que hacer: meterte en presidio. ¿Y sabes tú ahora cuál es tu obligación?

TOMAS Pero si Agueda no me querrá, si estará rabiosa conmigo Si esto es lo que me apura.

CAT. ¿Pero qué está diciendo este hombre?

BALT. Pero infame: ¿aún te atreves á decir que no te querrá?

TOMAS ¿Qué sabe usted lo que ha pasado allá dentro? (Catalina y Gregorio van á decir algo.) Ni vosotros lo sabeis tampoco. (A Catalina que insiste.) ¡Si ninguno de vosotros me ha conocido á mí nunca! ¡Ninguno, ninguno me ha conocido! (Ríe Catalina.) Yo no he querido en jamás á mujer ninguna más que á la Agueda.

(Indignación de Catalina.) A ella; solo á ella. Porque todas las demás, han sido cualquier cosa.

CAT. (Fuera de sí.) ¡Pillo! ¡Maldito! ¡Ladronazo! (A Gregorio.) ¿Pero no oyes cómo las pone á todas?

BALT. No sé cómo tengo paciencia y no te escupo á la cara.

TOMAS ¿Usted á mí, Baltasar? Pero si usted va á ponerse a mi lado ahora mismo, y va usted á ayudarme. (Catalina se burla de Baltasar)

BALT. ¿Que yo te voy á ayudar? ¿Eso me dices? Grandísimo descarado, si eres más malo que el mismo enemigo malo.

ESCENA III

CATALINA, TOMAS PEDRO, GREGORIO, BALTASAR y RUFO, que baja de la casa

RUFO ¡Eh! No gritéis.

CAT. Es Rufo. A ver qué cuenta.

TOMAS ¡Ah! ¡Rufo! ¿Que pasa allá adentro?

RUFO Cinquenas quiere hacer que te prendan. Conque á ver si te escapas ahora mismo.

TOMAS Déjate de simplezas y dime cómo está Agueda.

RUFO Yo te digo que te escapes: que va á bajar el viejo que quiere dar parte al juez.

BALT. Y yo le ayudo á Cinquenas. (Catalina y Gregorio se llevan aparte á Rúfo para que les explique lo que ha pasado.)

TOMAS (Llevándose á Baltasar.) Usted ha de ayudarme á que me case con Agueda.

BALT. A eso sí que te ayudo, y en seguida.

RUFO (No ha querido decir nada á Catalina.) ¡Que viene Cinquenas! (Al ver que han abierto la puerta de la casa.)

CAT. (A Rufo.) Pero explícalo todo.

RUFO Ahora no; que no quiero que el viejo se entere de que he avisado á Tomas Pedro, ni quiero que me vea. (Marchándose por la izquierda.)

BALT. (A Catalina y Gregorio.) Vosotros, adentro.

CAT. (A Baltasar.) Es que... (Gregorio va entrando en la casa.)

BALT. (A Catalina.) Adentro.

ESCENA IV

TOMAS PEDRO, BALTASAR, CINQUENAS y MÓLLERA. Estos dos han ido bajando lentamente

CIN. (Viene apoyado en Móllera al bajar.) Llamas en casa del señor juez; y que se levante, que yo voy en seguida hacia allá.

MÓLL. Ahora mismo. (Sale por la derecha.)

TOMAS ¡Abuelo! Dígale que se espere.

CIN. ¿Quién es el que habla? ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Y aún te atreves?...

TOMAS Sí, señor; porque voy á explicarle á usted...

CIN. A mí no tienes que explicarme nada, pillastrón. Ya te explicarás delante del señor juez.

BALT. Aguarda un poco, Cinquenas.

TOMAS ¿Qué le va usted á decir al señor juez? ¿Que he entrado en su casa esta noche? Supongo que será eso.

CIN. Eso mismo: y ya verás cómo escarmientas para toda la vida.

BALT. Pero si es que él se casa con ella. (Tomás Pedro hace callar á Baltasar.)

CIN. ¿Y á mí que me importa? Lo que yo quiero es que te castiguen. Que en cuanto á Agueda, yo no tengo ya nada que ver con ella. Poca vergüenza tenéis los dos, que nos habéis comprometido á todos.

TOMAS Es usted demasiado viejo y por eso me aguanto y me callo; porque me conviene callar, y cuando sufro que insulte usted á Agueda... está dicho todo.

BALT. (A Cinquenas.) ¡Pero si él y ella!...

CIN. ¿Te atreves á defenderlo? (Baltasar va á responder indignado.)

TOMAS Baltasar, tengamos calma; y á usted, abuelo, una palabra. Si quiere usted la tranquilidad de su casa, vuélvase á ella en seguida. Ayer

noche le pedí á usted un poco de tiempo para arreglarlo todo; ahora se lo vuelvo á pedir. No más que unas cuantas horas. No diga usted nada á nadie: ni á Agueda ni á Mariona. Si usted mueve ruido, y el ruido llega á donde no conviene que llegue, yo no respondo de nada. Y si usted me denuncia, usted verá cómo se arrepiente.

CIN. ¡Aún me amenaza el muy descarado! Te denuncio, sí; y todo el mundo declarará contra tí, que tengo testigos: ¡vaya si los tengo! (Se va por la derecha.)

BALT. Déjale.

TOMAS Es que puede haber aquí un conflicto y un disgusto muy grande. Porque si hacen hablar á otra moza que yo me sé, hasta puede deshacerse mi boda con Agueda.

BALT. ¡Ay, María Santísima!

TOMAS Mire usted. Nosotros nos vamos á ver al párroco; y sin que nadie lo sepa, Agueda y yo nos casamos.

BALT. Eso es lo mejor; porque yo la quiero como si fuese mi hija.

TOMAS Pues aprisa, aprisa. (Saliendo los dos.)

ESCENA V

CATALINA, LUISA, FILOMENA, GREGORIO, RUFO, otros Hombres y Mujeres. Todos se presentan cuando se va indicando. Empieza á amanecer

CAT. (Saliendo de la casa y llamando á Gregorio.) Ven, ya se han ido.

GREG. (Saliendo.) Que se las compongan ellos.

CAT. No; eso no. Te digo que no está claro. Me parece que queda lo mejor. (Viene Rufo por el foro derecha, seguido de Luisa, Filomena y otras Mujeres.)

RUFO Ya os he dicho que no sé nada.

LUISA Lo sabes todo.

FIL. Cuenta, cuenta. (Va llegando otra gente.)

RUFO (Corriendo hacia Catalina.) ¿Se escapó ya Tomás Pedro?

CAT. (Enfadada.) Pero, ¿por qué se había de escapar? ¿Quién le seguía? Vamos á ver.

LUISA ¡Qué escándalo! ¿Verdad, Catalina?

FIL. ¡Calla, por Dios, que me pongo colorada!

RUFO ¿Y por qué te has de poner colorada?

CAT. (A Rufo.) Tú lo que has de hacer es contarnos lo que ha pasado esta noche allá dentro.

MUJERES ¡Que lo cuente!

RUFO Bueno. Pues...

LUISA Di.

FIL. Anda.

RUFO Si no me dejais resollar. (Todas se van callando.) Pues habeis de saber que yo he pasado muy mala noche (Ellas empiezan á hablar otra vez.) ¡Callaos, os digo! A la madrugada me puse á soñar. ¡Qué sueño! Vereis. Soñé que hacíamos una cucaña y que yo subía por el palo: y nunca llegaba arriba. ¡Lo que yo pensaba! Porque en lo alto de la cucaña, en lugar de poner un gallo, habian puesto á Filomena atada patas arriba. (Todas se rien. Filomena no le ha oido, porque disputaba con otras mujeres.)

FIL. ¿Qué tienes que decir de Filomena?

RUFO Que te he visto patas arriba. ¡Mira tú! (Todas rien.)

CAT. Pero acaba de contar lo que pasó, que nos tienes consumidas.

RUFO Allá voy. Sino que es un secreto muy grande, y no se lo teneis que descubrir á nadie. (Todas se lo prometen.) Hay, que Tomás Pedro se ha metido por aquella ventana. (Dan á entender ellas que ya lo sabian.) Callarse, que aún hay más. Hay, que también ha salido por la ventana. (Dicho con misterio. Todas se alborotan de impaciencia.)

CAT. Pero, cuando salió Tomás Pedro, ¿quién había por la parte de dentro?

RUFO Cinquenas, Agueda, la Mariona, yo, todo el mundo.

CAT. Y ellas dos, ¿qué decían?

RUFO ¿Ellas? Que estaban rabiosas, y se querían matar.

CAT. Pero, ¿qué decían?

RUFO Agueda decía que Tomás Pedro había veni-

do por la Mariona, y la Mariona decía que había venido por la Agueda.

TODAS Por la Agueda. Es claro.

RUFO Cuando las hemos separado, Mariona se encerró en su cuarto, y allí estará; y Agueda se echó por el suelo, gritando como una loca y revolcándose, y así se quedó. Pues dice... dice... miren quién entiende á esa mujer.. dice que quiere matar á Tomás Pedro.

LUISA (Burlándose.) ¡A Tomás Pedro! (Los demás hablan entre sí, no entendiendo lo que han oído)

GREG. ¿Oyes, tú, Catalina? A Tomás Pedro.

CAT. Sí, ella.. Agueda.. Pues Agueda... Yo no me quedo con la duda. Voy allá. (Corre hacia la escalera, pero se vuelve atrás al ver bajar á Agueda.)

ESCENA VI

AGUEDA, CATALINA, LUISA, FILOMENA, GREGORIO, RUFO
Muchas mujeres y algún hombre

GREG. (A Catalina.) Espera, que ya salen.

RUFO (A las muchachas, á media voz.) Quietas las lenguas, que viene Agueda. (Agueda va bajando despacio, maquinalmente, desgreñada como una loca.)

CAT. A esta la desentraño yo toda.

RUFO (A media voz) Apartarse, y no hay que decirle nada, que da mucha lástima. (Catalina va siguiendo de cerca á Agueda y observándola.)

AGUEDA (Sin fijarse en nadie.) ¡Yo quiero matar á Tomás Pedro! ¡Yo quiero matar á Tomás Pedro!

LUISA (A media voz.) Metamos ruido para que nos vea. (Ella y otras meten ruido.)

AGUEDA ¿Qué haceis aquí? ¿Por qué me mirais de ese modo?

LUISA (A media voz á otras mujeres.) Yo no le hablo ya nunca más. ¡Miren que haber sido la preferida de Tomás Pedro! ¡Ella!

FIL. (A Rufo.) ¡Qué vergüenza!

RUFO (Á las mujeres.) ¡Ea! Lo mejor que podeis hacer es marcharos (Ellas no quieren marcharse, y tienen los ojos fijos en Agueda, que se ha quedado mirándolas)

AGUEDA (Repitiéndolo maquinalmente.) ¡Yo quiero matar á Tomás Pedro!

CAT. (Á Gregorio, que quiere llevársela.) Déjame, que quiero verla.

AGUEDA Apartaos. ¡Que os aparteis! (Yendo á un lado y mirando hacia fuera.)

LUISA ¡Ave María! ¡Parece loca!

AGUEDA (Después de haber mirado por un lado del escenario.) No se le ve; no está por aquí.

RUFO Idos á vuestras casas. (No quieren marcharse.)

CAT. (Á Rufo.) ¡A ver lo que hace!

AGUEDA (Ha ido á mirar por otro lado de la escena.) Tampoco se le ve. No está. Tampoco está. Puede ser que esté allá dentro. (Rápidamente se dirige hacia la casa de Gregorio.)

GREG. (Deteniéndola al pasar.) ¿Adónde vas? ¿Qué quieres?

AGUEDA No me toques.

CAT (Á Gregorio.) Déjala.

AGUEDA (Llega á la casa de Gregorio y golpea á la puerta, aunque está abierta.) ¡Tomás Pedro! (Con un grito prolongado y estridente.)

CAT. (Con tono brusco.) En esta casa no está Tomás Pedro.

LUISA ¡Pues no le llama!

FIL. ¡Delante de nosotras!

AGUEDA (Volviéndose rabiosa al oirlas.) Delante de vosotras, sí. (Acercándose rápidamente y conteniéndose después.) ¡Yo quiero matar á Tomás Pedro! (Algunas rien bajito. Agueda va á arañarlas puestos los dedos como garras.)

CAT. (Plantándosele delante.) ¿A Tomás Pedro? ¿Tú? (Apartando á Gregorio, que quiere detenerla.) Déjame. (A Agueda.) ¿Y por qué, vamos á ver, por qué quieres matar á Tomás Pedro? (Apartándole los cabellos de la cara para mirarla mejor.)

AGUEDA Sí, á ver. Pero tú eres la que me has de contestar á mí. Tú, que lo sabes todo; tú, que me vigilas con los ojos muy abiertos... ¡así, así!... cuando estoy sola con Tomás Pedro, como un perro que se muere de sed y rastrea la frescura del agua. Respóndeme tú. ¿Dónde está Tomás Pedro?

CAT. ¿Y yo qué sé?

LUISA (A Agueda, burlándose.) Tú lo sabrás.

AGUEDA ¿Y por qué he de saberlo yo? ¿Por qué? Contestad en seguida, malditas, que aquí mismo, como malditas que sois... (Tirándose sobre ellas, para despedazarlas.)

RUFO (Quitándole de entre las manos á Luisa, cuando ya la pegaba.) ¡Por Dios, Agueda, déjala, déjala! (Las mujeres huyen por los dos lados del foro asustadas, y Rufo va empujando á las que se quedan.)

AGUEDA (Mientras van saliendo las demás.) ¡Yo quiero beber sangre, mucha sangre, y quiero ver cómo corre por el suelo! (Llora rabiosa.) ¡Me han engañado, me han engañado á mí, porque yo no soy nadie, y porque no sirvo más que de estorbo. Eso... ¿qué soy yo en la tierra? Un estorbo, y nada más. (Se ha sentado y se ha cubierto la cara con las manos: solloza y ríe como loca. Las muchachas han ido desapareciendo.)

GREG. ¡Vaya! Me da pena verla llorar. (Se va por la derecha. Catalina ha estado mirando fijamente á Agueda.)

CAT. (Con la mano hace un ademán de amenaza, dirigiéndose por donde se ha ido Tomás Pedro. Aparte.) ¡Ah! Si no has querido más que á esta, como dices... A ver la Mariona. (Sube rápidamente la escalera y desaparece.)

ESCENA VII

AGUEDA. Después, TOMAS PEDRO

AGUEDA Aquí, en esta misma piedra, me habló aquel día, y allí estaba yo afilando el arpón... ¡el arpón! (Se levanta y queda pensativa. Después corre á buscar el arpón, que se halla bajo la escalera, y lo saca con alegría salvaje.) ¡Ya sé dónde está! ¡Ya lo tengo! ¡Ya es mío! (Besándolo.) ¡Cuántos años hace que nos queremos él y yo! Yo soy la madre: él es el hijo. ¡Y qué cariño tan grande nos tenemos! (Meciéndole en sus brazos, como si fuese un niño. Después se pone á cantar.)

«A la vera de la mar...»

(Suspende el canto, arroja el arpón y escupe rabiosa,

limpiándose los labios con la mano.) ¡Eh! ¿Qué es lo que estoy cantando? Su canción. ¡La que él quería que yo aprendiese cuando me engañaba! ¡Maldito sea él, y maldita sea yo y maldita la Mariona! ¡Qué rabia la tengo! Pero no la puedo matar, porque sus padres me salvaron la vida (Pausa.) Desde ese mar parece que me están llamando... ¡hija, hija!... como si sus gritos hubieran quedado revoloteando sobre las olas cuando ellos se hundieron. ¡Oh, el mar es muy bueno! ¡Qué ráfagas tan frescas llegan, y cómo se ensancha el pecho para recogerlas y cómo llegan hasta el alma! (Desabrochándose el cuello y el vestido en la parte alta del pecho.) El mar sí que me quiere, y no la tierra, en que no hay para mí más que miseria y muerte y lágrimas. ¿Pues para qué he de ver á ese hombre? Que se harte de alegría entre esa gente, que ya está bien entre ellos, porque él es lo mismo que ellos. (Arroja al suelo el pañuelo del cuello y se rasga las ropas, quedando con el vestido abierto.) ¡Ay, padre! ¡Ay, madre mía! ¡Abridme los brazos! ¡A ellos voy! ¡Sobre vuestro pecho voy á caer! ¡Recibidme! (Corre para precipitarse en el mar.)

TOMAS (Saliendo rápidamente y deteniéndola.) ¡Agueda! ¡Agueda!

AGUEDA (Gritando fuerte.) ¡Padre! ¡Madre mía!

TOMAS (Luchando con ella.) ¡No, eso no!

AGUEDA ¡Padres! ¡Llamadme... llamadme para que me suelte!

TOMAS No te suelto; te ato conmigo. (Los dos luchando caen al suelo.)

AGUEDA ¡Que me dejes! ¡Que te haré pedazos!

TOMAS Eres mía. (Luchando los dos sobre la arena.)

AGUEDA (Pegándole.) ¿Que yo soy tuya? ¿Tuya y me has engañado? ¡Toma! ¡Que quiero desgarrarte el alma; ¡pero no sé dónde la tienes! ¿Dónde la tienes, ladrón, engañador, maldito?

TOMAS (Mezclando estas frases con las anteriores de Agueda.) Pégame. Todo lo que quieras. Pégame, que yo te besaré las manos. ¡Pégame en la cara!

Que por cada golpe que me des, he de repetir que te quiero.

AGUEDA — No; con las manos, no, que no te hago daño. (Procurando levantarse y desprenderse de Tomás Pedro.) Lo que quiero es matarte, como mato á los delfines allá en el mar. ¡Matarte! ¡Y ahora, ahora mismo ha de ser! (Agueda queda en pie y él en el suelo, cogido á sus rodillas para que no escape.)

TOMAS — Agueda, escucha. (Ella hace esfuerzos por escapar.) ¡Por tus padres! ¡Por ellos! Porque ellos quieren que tú seas mía!

AGUEDA — (Sintiendo que va á ceder.) Eso. ¡Sí, mis padres! (Con rabia salvaje.) ¡Padres! ¡Llamadme fuerte, que os oiga! ¡Padres, padres! (Llorando y volviendo á caer medio vencida.)

TOMAS — No; calla y óyeme: y después, si quieres me matas.

AGUEDA — Ya no les oigo á mis padres; ya no oigo más que la voz de este hombre, que el maldito ahoga la voz de mis padres.

TOMAS — ¡Agueda!...

AGUEDA — ¡No puedo más! (Mientras habla Tomás Pedro, Agueda repite maquinalmente la palabra «padres» cada vez en voz más baja, y al fin no hace más que mover los labios.)

TOMAS — Sí, Agueda, sí; óyeme: porque voy á decírtelo todo. Soy muy malo; lo soy. ¿Ves tú cómo te doy la razón? Entraba por la noche en tu casa, es cierto; pero te quiero á tí sola. Iba por la Mariona: por ella ¿Ves tú cómo no lo niego? Pero te quiero á tí sola. Y como he festejado á la Mariona, he festejado á otras muchas: yo, yo mismo. ¿Lo estás viendo cómo te lo confieso todo? Haces bien en pensar que soy un hombre infame, un engañador, un maldito; porque no he querido á ninguna, nunca, nunca; pero te quiero á tí sola. Ni en la tierra, ni arriba en el cielo, ni en ninguna parte, hay para mí más que una sola mujer: ¡mi Agueda! ¿Lo estás oyendo? No tengo palabras, ¡ira de Dios! para hacer que esto lo veas claro, muy claro. No tengo más que mis ojos: ¿á ver si en ellos ves algo? ¡Y

mi aliento! A ver si lo sientes venir del alma. Mírame, acércate más aún, y á ver cómo haces para no creerme. ¿Verdad que me crees? Quiero que á la fuerza me creas; porque si no me crees, me muero de rabia. Sí, Agueda, sí: consumido por la rabia.

AGUEDA ¡Ah! Como yo supiese que te habías de consumir de rabia, toda la vida me pasaría diciéndote que no te creo; y me reiría como una loca viendo cómo te consumías y cómo te morías; pero teniéndote como ahora te tengo, no te lo puedo decir, porque toda yo dice que sí, que sí te creo. Y miro arriba, y miro á la tierra, y no parece sino que se está haciendo de día para decirnos que somos nosotros los que estamos haciendo el día. Así, así. (Mirándole á los ojos.) Así querría que me quisieras siempre; tú mirándome, y yo teniéndote sujeto por el cuello para recogerte el aliento y que no vaya á escaparse con otro nombre. Que si dices otro nombre que no sea el mío, antes de que lo digas te lo ahogo en la garganta: y como pueda llegar á tus labios besándote con mis labios, le saldría al encuentro para morderte y despedazarte á tí y al nombre maldito; que os había de matar á los dos.

TOMAS ¡Agueda! como yo nombre con una miaja de cariño á otra que no seas tú, mátame.

AGUEDA ¡Maldita sea esa mujer que me quiso quitar á mi Tómás Pedro! Di que la aborreces. Dí que es maldita la Mariona.

TOMAS ¡Si, sí! ¡Lo es!

AGUEDA No, de ese modo no. Has de decir tú mismo: «¡Maldita, maldita!»

TOMAS (Casi al mismo tiempo que ella.) Sí, maldita.

AGUEDA Tomás Pedro. Júrame, por la memoria de mis padres, que ya nunca más has de ver á la Mariona, ni has de hablarla.

TOMAS Nunca más. Te lo juro. Nunca más.

AGUEDA Pues ya está jugada mi suerte, que ahora estoy bien resuelta. (Se ha puesto en pie.)

TOMAS ¿Qué haces?

AGUEDA Volver á vivir. (Atándose rápidamente el cabello,

cogiendo el pañuelo de la arena y sujetándose el vestido.)

TOMAS ¡Agueda!

AGUEDA Y ahora, que la Mariona y que toda esta gente sepa que nos queremos. Tú eres para mí, Tomás Pedro, y yo para tí lo soy todo.

TOMAS ¡Para siempre!

AGUEDA Pues vámonos de aquí, y no volvamos nunca más.

TOMAS Nunca más.

ESCENA VIII

ÁGUEDA, TOMÁS PEDRO, BALTASAR, después CATALINA y MARIONA

BAL. ¡Esperaos!

TOMÁS ¿Qué ha dicho el señor párroco?

BAL. Que os casará si os quereis de corazón.

AGUEDA ¡A nosotros!

BAL. Venid conmigo en seguida.

AGUEDA En seguida: y después huimos del pueblo.

CAT. ¡Tomás Pedro!

TOMÁS ¡La Catalina! (Con desprecio.)

AGUEDA No quiero ver á nadie. ¿Será capaz de engañarme todavía?

CAT. (á Tomás Pedro, deteniéndole.) Una palabra; mira que te pierdes.

TOMÁS Di esa palabra. (Agueda desde lejos llamará repetidamente á Tomás Pedro.)

CAT. Yo ya he acabado. Ahora le toca á la Mariona. Yo con Agueda. (Aparte, saliendo rapidamente en la misma dirección que salió Agueda.)

ESCENA IX

MARIONA y TOMÁS PEDRO

MAR. Quiero saber adonde vas. (Lo dice casi al mismo tiempo que las últimas palabras de Catalina.)

TOMÁS A huir del pueblo y de todo el mundo. (Ya

sin poderse contener y revelando claramente que ya no quiere á Mariona.)

MAR. (Cerrándole el paso.) No. Yo me voy contigo.

TOMÁS Tú te quedas aquí...

MAR. (Siguiéndole.) No te dejo.

TOMÁS (Amenazándola.) ¡Cállate, cállate!

MAR. Y ahora mismo lo publicaré todo (Gritando.) ¡Venid! ¡Aquí todo el mundo!

TOMÁS ¡Mira que te ahogo! (Abrazando á Mariona, para impedir que continúe gritando.)

MAR. Ahora ya te tengo y no te escaparás. (Mariona echa los brazos al cuelo de Tomás Pedro y entrelaza las manos para evitar que se escape.)

TOMÁS (Desesperado.) ¡Si me repugnas! Si no quiero más que á Agueda.

MAR. ¡No te irás con ella! ¡Si no me arrancarán de aquí!

TOMÁS (Con voz concentrada.) ¡Cállate! ¡Cállate!

MAR. (También con voz concentrada.) ¡No! ¡No!

ESCENA X

DICHOS, AGUEDA y CATALINA

CAT. (Á Agueda.) ¡Mírale .. con Mariona! (Riendo.)

AGUEDA ¡Y la abraza! ¡Me ha engañado! (Corre á buscar el harpón. Mariona ha visto á Agueda; Tomás Pedro no, por estar de espalda luchando con Mariona para que ésta le suelte.)

MAR. (Aparte.) ¡Ah! ¡La Agueda!

TOMAS ¡Cállate! ¡Cállate! (A Mariona.)

MAR. (Mirando á Agueda.) ¡Nos queremos! ¡Nos queremos!

AGUEDA ¡Ah! ¡Ladrón! ¡Toma y muere! (Clavándole el harpón.)

TOMÁS ¡Jesús!

CAT. ¡Gracias, Agueda! (A media voz y entrando en su casa.)

MAR. ¡Agueda!

AGUEDA Yo, sí, yo. (Riendo con delirio.) Yo, que se lo he hundido al maldito, como se lo hundo á los pescados en el lomo.

MAR. ¡Aquí... pronto... aquí...! (Corriendo por la escena.)

TOMÁS ¡Agueda! ¿Qué has hecho? ¡Si yo te quiero á ti sola! ¡Si yo iba á buscarte en seguida! (Agueda ríe como una loca delante de él sin comprenderle.)

MAR. (Yendo á socorrer á Tomás Pedro.) ¡Tomás Pedro!

TOMÁS (Apartándola con rudeza.) No, Mariona, no. ¡Yo no te quiero á ti! ¡Yo no quiero á nadie más que á ella! ¡A Agueda! ¡Agueda es mía!

AGUEDA ¿Tú á mí? ¡Dios de los cielos!

TOMÁS Sí, á ti sola... te quiero .. á ti sola... iba á buscarte. . ¿Qué has hecho?... Adiós. (Muere.)

AGUEDA (Comprendiendo todo y dando un chillido.) ¡Ah! ¡Tomás Pedro! .. ¡Tomas Pedro!.. ¡Muerto!... ¡Y yo le maté! ¡Yo le maté! (Abrazando al cadáver.)

ESCENA XI

AGUEDA, MARIONA, TOMÁS PEDRO, BALTASAR, LUISA, GREGORIO, RUFO, FILOMENA, MÓLLERA, HOMBRES y MUJERES

MAR. (A Agueda.) ¡Infame! ¿Así nos pagas lo que nos debes? ¡A los míos se lo debes todo, hasta la vida!

AGUEDA ¿Qué? ¿Que te debo la vida? (Incorporándose.) Pues no la quiero de ti... ni la vida, ni nada. (Sube corriendo á las rocas del foro.) ¡Padres!... ¡Padres de mi alma! ¡Ya vuelvo á vosotros! ¡Padres... padres! ¡Maldito sea el día en que me recogió esta tierra! (Arrojándose al mar. Gritos de todo el mundo.)

BALT. ¡Detenedla! ¡Señor, misericordia! (Mariona queda apoyada en la baranda de la escalera, escondiendo la cabeza entre los brazos, de espaldas al público. Catalina no se ha presentado en escena. Un grupo, y todos de pie, rodea á Tomás Pedro. Otros han corrido tras de Agueda.)

TELON

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.